

# MONUMENTO

LLOYD BIGGLE, JR.

Edición electrónica de diaspaspar 1998

O'Brien intuyó repentinamente que se estaba muriendo.

Descansaba sobre una hamaca tejida con fuertes tallos de enredadera, casi al alcance de las salpicaduras producidas por las olas al romper contra las rocas. La cálida caricia del sol se filtraba a través de las ramas de los *sao*. Los gritos de, los muchachos que pescaban al otro lado del promontorio llegaban a él en alas de la perfumada brisa. Una calabaza llena colgaba de su codo. Había estado dormitando, sumido en una agradable somnolencia, cuando la idea tomó forma concreta a través de sus ociosos pensamientos y sacudió su modorra.

Se estaba muriendo.

El hecho de la muerte le inquietaba menos que el darse cuenta de que debió pensar antes en ella. La muerte era inevitable a partir del instante del nacimiento, y O'Brien había vivido muchos años. Se había preguntado, a veces, los años que tenía. Seguramente cien, quizá ciento cincuenta. En aquella tierra de ensueño, donde no existían estaciones, donde los hombres medían la edad por la sabiduría, resulta difícil mantener un dedo vigilante sobre el engañoso pulso del tiempo. Era imposible.

Pero O'Brien no necesitaba un calendario para saber que era un hombre viejo. Los cabellos rojos como una llama de su Juventud se habían agrisado. Sus miembros acusaban más cada mañana la humedad nocturna. El promontorio en que había edificado su cabaña se había convertido en un poblado; sus hijos, y nietos y biznietos, y ahora los hijos de sus biznietos, habían construido sus propios hogares con sus esposas. Era el poblado de *langri*, el poblado de los hombres de cabeza de fuego, famoso ya, convertido en una leyenda. Las vírgenes ansiaban unirse a los jóvenes de fuego, tanto si su pelo era rojo como si tenía el rubio nativo. Los robustos jóvenes acudían a cortejar a las hijas de fuego, y muchos de ellos desafiaban a la tradición y se establecían en el poblado de sus esposas.

O'Brien había disfrutado de una existencia feliz. Sabía que había vivido muchos más años de los que hubiera vivido entre la agitación de un país civilizado. Pero se estaba muriendo, y el gran sueño que había crecido hasta dar forma a su vida entre aquellas gentes estaba por encima de sus posibilidades.

Se puso en pie, y mirando al cielo, gritó roncamente en un idioma que hacía mucho tiempo que no había utilizado:

-¿A qué esperas? ¿A qué esperas?

\*\*\*

En cuanto O'Brien apareció en la playa, una docena de muchachos corrieron hacia él.

- ¡Langri! – gritaron -. ¡Langri!

Se agruparon a su alrededor, excitados, mostrándole los peces que habían capturado, agitando sus arpones, riendo y gritando. O'Brien señaló a la playa, a una larga canoa varada en la arena.

- Al Anciano - dijo.

-¡Ju! ¡Al Anciano! ¡Ju! ¡Al Anciano!

Corrieron delante de él, tratando de adelantarse unos a otros, ya que la canoa no disponía de espacio para todos. O'Brien tuvo que poner paz escogiendo a los seis que deseaba llevarse como remeros. Los otros se echaron al agua y nadaron a ambos lados de la embarcación, hasta que los remeros adquirieron velocidad.

Los muchachos entonaban una canción mientras manejaban los remos: una canción seria, ya que se trataba de un asunto serio. El Langri deseaba ver al Anciano, y tenían la solemne obligación de darse prisa.

O'Brien se reclinó perezosamente hacia atrás y contempló la espuma que danzaba debajo de los bordones. Ahora que le pesaban los años, había perdido la afición a los viajes. Resulta más agradable permanecer tumbado en su hamaca con calabaza de jugo de frutas fermentado al alcance de la mano, representando el papel de un venerable oráculo, respetado, incluso venerado. Cuando era más joven, había vagabundado a lo largo y a lo ancho de este mundo. Incluso construido una pequeña embarcación a vela, y había navegado con ella sin obtener más resultado tangible que el descubrimiento de algunas islas remotas. Había recorrido, incansablemente, el solitario continente, levantando mapas y calculando sus recursos.

Sabía que era un hombre sencillo, un hombre de acción. El temor de los indígenas hacia su supuesta sabiduría, le alarmaba y le molestaba. Se vio llamado a resolver complicados problemas sociológicos y económicos, y gracias a que había visto muchas civilizaciones y recordaba algo de lo que había visto, alcanzó un loable éxito.

Pero O'Brien sabía que el implacable dedo del destino estaba señalando directamente a este planeta y a sus moradores, y él había meditado y discutido consigo mismo durante el curso de largos paseos por la orilla del mar, y había

paseado arriba y abajo en su cabaña en las horas de humedad 'nocturna, mientras planeaba estrategias, y finalmente habla quedado satisfecho. Era el único hombre de todo el cosmos que tenía posibilidades de salvar al mundo que tanto amaba, y a esa gente a la que tanto amaba, y que estaba dispuesto a hacerlo. Podía hacerlo, si vivía.

Y se estaba muriendo.

\*\*\*

La tarde declinó y llegó la noche. El cansancio hizo presa en el rostro de los muchachos y los cánticos se convirtieron en murmullo, pero siguieron remando incansablemente, manteniendo el mismo ritmo. Ante sus ojos desfilaron millas y millas de costa y docenas de poblados, cuyos moradores, al reconocer al Langri, corrieron a la playa para saludar su paso.

El crepúsculo oscurecía el lejano mar y suavizaba los contornos de la tierra firme cuando penetraron en una bahía poco profunda, llena de canoas. Los muchachos saltaron al agua y arrastraron la canoa hasta la playa. Luego se dejaron caer en la arena, exhaustos, para levantarse casi inmediatamente, radiantes de orgullo. Aquella noche serían huéspedes de honor en cualquiera de las chozas del poblado. ¿Acaso no habían traído al Langri?

Avanzaron en procesión que fue haciéndose más numerosa a medida que pasaban por delante de las cabañas. Respetuosos adultos y asustados chiquillos echaban a andar solemnemente detrás de O'Brien: La cabaña del Anciano estaba apartada de las demás, en la cumbre de la colina, y el Anciano estaba esperando allí, de pie, con una sonrisa en su arrugado rostro y los brazos alzados. Cuando estuvo a diez pasos de distancia, O'Brien se detuvo y levantó sus propios brazos. Los habitantes del poblado miraban en silencio.

- Te saludo - dijo O'Brien.

- Tu saludo es tan bien recibido como tú mismo.

O'Brien se acercó al anciano y los dos hombres se estrecharon la mano. No era una forma indígena de salutación, pero O'Brien la utilizaba con los ancianos que eran amigos suyos de toda la vida.

- He ordenado una fiesta en la esperanza de que vendrías - dijo el Anciano.

- He venido con la esperanza de que hubiese una fiesta - replicó O'Brien.

Cumplidos así los formalismos de rigor, los habitantes del poblado empezaron a marcharse, murmurando frases de aprobación. El Anciano cogió a O'Brien por el brazo y le condujo a una pequeña arboleda que se alzaba más allá de la choza. De los árboles colgaban las hamacas. Los dos hombres se quedaron en pie, uno frente a otro.

- Han pasado muchos días - dijo el Anciano.

- Muchos - asintió O'Brien.

Contempló a su amigo. Su corpachón parecía tan robusto como siempre, pero su pelo era ahora plateado. Los años habían trazado surcos en su rostro, y más años los habían hecho profundos, y apagado el brillo de sus ojos. Lo mismo que O'Brien, era viejo. Estaba muriéndose.

Se instalaron en las hamacas, uno enfrente de otro. Una muchacha les llevó unas calabazas; sorbieron la bebida y descansaron en silencio mientras la oscuridad se hacía más intensa.

- El Langri no viaja desde hace mucho tiempo - dijo el Anciano.

- El Langri viaja cuando apremia la necesidad - dijo O'Brien.

- Entonces, vamos a hablar de esa necesidad.

- Más tarde. Cuando hayamos cenado. O mañana... será mejor mañana.

- Mañana, entonces - dijo el Anciano.

La muchacha volvió a presentarse con dos pipas y un brasero encendido, y los dos hombres fumaron en silencio mientras las hogueras parpadeaban en la oscuridad y la brisa nocturna transportaba los sabrosos olores del festín que se avecinaba, mezclados con el salobre aire del mar. Los dos hombres terminaron sus pipas y ocuparon solemnemente sus puestos de honor.

Por la mañana, pasearon juntos a lo largo de la playa y se sentaron en una loma que dominaba el mar. A su alrededor se erguían unos capullos de delicada fragancia, dulcemente agitados por el viento. La luz matinal centelleaba sobre las onduladas aguas. Las velas de vivos colores de las barcas pesqueras parecían flores prendidas en el horizonte. A su izquierda, el poblado reposaba soñoliento sobre la ladera de la colina, y de sus tejados sólo se alzaban al cielo tres delgadas columnas de humo. Unos muchachitos paseaban tímidamente a lo largo de la playa, para contemplar de lejos al Anciano y al Langri.

- Soy un hombre viejo dijo O'Brien.

- El más viejo de los hombres viejos - asintió prestamente el Anciano.

O'Brien sonrió débilmente. Para los indígenas, *viejo* significaba *sabio*. El Anciano le había dirigido el mayor de los cumplidos, y él sólo se sintió fracasado... cansado.

- Soy un hombre viejo – repitió - y me estoy muriendo.

El Anciano se volvió rápidamente.

- Ningún hombre vive eternamente dijo O'Brien.

- Cierto. Y el hombre que teme a la muerte muere de temor.

- Yo no temo por mí mismo.

- El Langri no tiene ninguna necesidad de temer por sí mismo. Pero tú hablaste de una necesidad.

- Vuestra necesidad. La necesidad de todo tu pueblo, y de mi pueblo.

El Anciano asintió lentamente.

- Como siempre, nosotros escuchamos cuando el Langri habla.

- Recordarás dijo O'Brien - que llegué aquí desde muy lejos, y que me quedé porque la nave que me había traído no podía volar más. Llegué a esta tierra por casualidad, porque había perdido mi camino, y porque mi nave tenía una grave enfermedad.

- Lo recuerdo.

- Vendrán otros hombres. Y luego otros, y luego otros más. Habrá hombres buenos y hombres malos, pero todos tendrán extrañas armas.

- Lo recuerdo dijo el Anciano -. Yo estaba allí cuando mataste los pájaros.

- Extrañas armas - repitió O'Brien -. Nuestro pueblo estará indefenso. Los hombres del cielo tomarán esta tierra lo que deseen de ella. Tomarán las playas e incluso el mar, el padre de la vida. Empujarán a nuestro pueblo hacia las montañas, donde no sabrá vivir. Traerán extrañas enfermedades a nuestro pueblo, de modo que poblados enteros arderán con el fuego de la muerte. Los extranjeros pescarán y nadarán en nuestras aguas. Construirán cabañas más altas que el más alto de los árboles, y los extranjeros que pulularán por las playas serán más numerosos que los peces que corren por debajo del promontorio. Nuestro pueblo desaparecerá.

- ¿Sabes que eso es verdad?

O'Brien inclinó la cabeza.

- Puede que no suceda hoy, ni mañana, pero sucederá.

- Es una terrible necesidad dijo el Anciano en voz baja. O'Brien volvió a inclinar la cabeza. Pensó: *Esta tierra virgen y encantadora, este maravilloso, generoso y hermoso pueblo.*

Un hombre está indefenso cuando se está muriendo...

Permanecieron sentados en silencio durante largo rato, dos hombres viejos bajo la radiante luz del sol, esperando la oscuridad. O'Brien cogió uno de los capullos que se erguían junto a él y aplastó su frágil blancura entre sus manos.

El Anciano volvió un rostro muy serio hacia O'Brien.

-¿No puede el Langri impedir eso?

- El Langri podría impedirlo - dijo O'Brien -, si los hombres del cielo llegaran hoy o mañana. Si tardan más, el Langri no podrá impedirlo, porque el Langri se está muriendo.

- Ahora comprendo. El Langri tiene que enseñarnos el medio.

- El medio es extraño y difícil.

- Haremos lo que tengamos que hacer. O'Brien sacudió la cabeza.

- El medio es difícil. Nuestro pueblo puede ser incapaz de ponerlo en práctica, y el camino escogido por el Langri puede ser un camino equivocado.

-¿Qué necesita el Langri? O'Brien se puso en pie.

- Envíame los jóvenes, cuatro manos cada vez. Escogeré a los que necesito.

- Los primeros vendrán a ti hoy mismo.

O'Brien estrechó la mano y se alejó rápidamente. Sus seis tataranietos le estaban esperando en la playa. Izaron la vela, ya que en el viaje de regreso el viento soplaría a sus espaldas. O'Brien miró hacia atrás mientras la canoa salía lentamente de la bahía. El Anciano estaba de pie en la loma, completamente inmóvil, con las manos levantadas, y así permaneció mientras estuvo al alcance de la vista de O'Brien.

\*\*\*

O'Brien desconocía el nombre oficial del planeta, y ni siquiera sabía, si tenía un nombre oficial. Sí era sólo un simple mecánico, aunque muy bueno, y había estado volando por el espacio desde que tenía doce años. Se había cansado de ser el peldaño inferior de la escalerilla, de modo que había comprado una nave que el gobierno destinaba a chatarra, la había arreglado, invirtiendo todos sus ahorros en la reparación y en la compra de provisiones y combustible.

No tenía licencia para pilotar una nave espacial ni otra clase de nave, pero había volado a bordo de ellas el tiempo suficiente para creer que poseía los conocimientos fundamentales. La nave era tan caprichosa como él mismo. Por tanto, tuvo que agotar su repertorio de tacos y propinar unos cuantos puntapiés al tablero de mandos antes de que la nave se decidiera a obedecer. Encarar la dirección correcta era harina de otro costal. Probablemente, cualquier alumno aprovechado de una escuela superior sabía más de navegación de lo que él sabía, y su única ayuda fue una anticuada «Astrogación simplificada para profanos». Anduvo perdido el noventa por ciento del tiempo, y sólo tuvo una vaga conciencia del lugar donde se encontraba el otro diez por ciento, pero la cosa carecía de importancia.

Deseaba visitar algunos lugares que estaban fuera de las habituales líneas espaciales, y tal vez explorar un poco de terreno, disfrutando de la sensación de ser su propio dueño mientras durasen los suministros. No podía detenerse en ninguno de los puertos regulares, ya que las autoridades podrían darse cuenta de que no tenía licencia y retenerle indefinidamente. Pero algunos de los puertos más pequeños de propiedad particular, estaban siempre necesitados de un buen mecánico, y O'Brien podía aterrizar de noche en uno de ellos, trabajar un par de semanas hasta ganar lo suficiente para reponer sus provisiones, Y regresar al espacio sin buscarse complicaciones.

Efectuó también sus exploraciones, visitando docenas de asteroides y pequeños planetas que estaban por descubrir o que habían sido olvidados. De un modo bastante inexplicable, se hizo rico. Llenó su pequeña nave de mineral de platino y se dispuso a regresar a la civilización para convertirlo en dinero.

Como de costumbre, no encontró el rumbo, y vagó por el espacio durante un mes, sacando el máximo partido a su combustible y a sus usados motores. Este planeta le había parecido su mejor oportunidad, y casi resultó ser su última oportunidad, ya que un escape en el depósito le dejó sin combustible y se vio obligado a realizar un aterrizaje forzoso, estrellándose contra el suelo.

Los indígenas le dispensaron una buena acogida. Se convirtió en un héroe al disparar su pistola contra unas aves de gran tamaño que a veces atacaban a los chiquillos. Gastó todas sus municiones, pero consiguió extinguir la especie. Exploró el solitario continente, y encontró depósitos de carbón y algunos metales... insignificantes, pero suficientes para situar inmediatamente a los nativos en una edad de bronce. Luego se dedicó al mar, les enseñó a construir canoas a remos y velas, y continuó sus exploraciones.

En aquella época había perdido ya todo interés en ser rescatado. Era el Langri. Tenía sus esposas y sus hijos. Su poblado iba creciendo. Pudo haber sido el Anciano a una edad relativamente joven, pero la idea de que él, un forastero, tuviera que gobernar a aquella gente, no le gustó. Su negativa hizo aumentar el respeto que los indígenas le profesaran. Era feliz.

También empezó a preocuparse. El planeta era tan pobre en recursos naturales, que nadie se sentiría atraído hacia él con miras de tipo económico. Pero tenía otra condición que lo hacía muy valioso.

Era un mundo maravilloso. Sus playas eran lisas y arenosas, sus aguas eran cálidas, su clima admirable. Para los habitantes de las miradas de mundos inhóspitos cuyas riquezas naturales atraían a grandes masas de gente, mundos secos, mundos estériles, mundos sin atmósfera, sería un paraíso. Los que pudieran abandonar por unos días sus cúpulas de atmósfera artificial, o sus cavernas subterráneas, para trasladarse a este otro mundo de atmósfera rica en oxígeno, vivirían unas vacaciones que les permitirían reanudar su existencia normal con renovados bríos.

A lo largo de las playas se alzarían los hoteles de lujo. Y más al interior, junto a los bosques, se edificarían hoteles de menos categoría, casas de huéspedes y villas de veraneo. Los millonarios se disputarían los mejores trozos de playa para construir en ellos sus mansiones. Las playas quedarían infestadas de turistas. Los buques ofrecerían cruceros marítimos de descanso. Las naves submarinas iniciarían a los turistas en las maravillas de la vida en el fondo del mar. Se establecerían industrias para atender a las necesidades de los turistas. Sería un negocio permanente, ya que el clima era igualmente delicioso durante todo el año. Un negocio *fabuloso*.

Los indígenas, desde luego, serían hacinados en un rincón del planeta. Exterminados. Existirían leyes para proteger a los indígenas, y una impresionante oficina colonial para hacerlas cumplir, pero O'Brien conocía demasiado bien cómo eran aplicadas aquellas leyes: en su aspecto punitivo a los indígenas, y en su aspecto favorable a sus expoliadores.

Y un par de siglos más tarde, a los escolares les hablarían de la desaparición de la población indígena. «Tenían una espléndida civilización. Fue una verdadera lástima. »

\*\*\*

Los jóvenes llegaron de todos los poblados. Llegaron navegando alegremente a lo largo de la costa, entonando sus mejores canciones. Llegaron en grupos de veinte, altos, bronceados, con los cabellos rubios descoloridos por el sol. Alinearon sus canoas debajo del promontorio y se presentaron al Langri con respetuoso temor.

Las preguntas del Langri les sobresaltaron. Se esforzaron por asimilar unas ideas extrañas. Lucharon por reproducir extraños sonidos. Fueron sometidos a pruebas de fortaleza y de resistencia. Se marcharon, y otros ocuparon sus lugares. Finalmente O'Brien escogió un centenar.

Detrás del bosque, O'Brien construyó un nuevo poblado. Se trasladó allí con sus cien alumnos, y empezó su magisterio.

Contaban con pocos días y éstos eran demasiado cortos, pero trabajaron desde el amanecer hasta el crepúsculo, y, con frecuencia, durante la noche, mientras los otros indígenas se encargaban de procurarles comida, y los poblados enviaban mujeres para condimentarla. Toda la población observaba y esperaba.

O'Brien enseñó lo que sabía e improvisó cuando fue necesario. Enseñó idiomas y leyes de ciencias. Enseñó economía, sociología y disciplina militar. Enseñó guerra de guerrillas y procedimiento colonial. Enseñó la historia de los pueblos de la galaxia, y los jóvenes indígenas se sentaron bajo las estrellas por la noche y contemplaron con la boca abierta los cielos, mientras O'Brien les hablaba de las guerras del espacio, de seres fantásticos y de mundos situados detrás de otros mundos.



Transcurrieron los días, y se convirtieron en un año, y en dos años, y en tres. Los jóvenes llevaron a sus esposas al poblado. Las jóvenes parejas llamaban padre a O'Brien, y le llevaban a los recién nacidos para que los bendijera. Y la enseñanza continuó, y continuó.

Las fuerzas de O'Brien empezaron a menguar. La humedad de las noches le dejaba enfebrecido, y sus temidos miembros le atormentaban. Pero seguía trabajando, y empezó a enseñar el Plan. Ordenó prácticas de alarma contra la invasión, y su inflexible severidad arrancó a los indígenas de otros poblados de su alegre indolencia. El Plan fue tomando forma lentamente.

Cuando O'Brien estuvo demasiado débil para abandonar su hamaca, reunió a su alrededor a los jóvenes más inteligentes y las lecciones continuaron.

Una tarde radiante, O'Brien perdió el conocimiento. Fue trasladado a su poblado, a su rincón favorito, cerca del mar. La noticia corrió a lo largo de la costa: el Langri estaba muriéndose. Llegó el Anciano, y los jefes de todos los poblados. Colocaron un dosel trenzado encima de su hamaca, y O'Brien vivió toda aquella noche, inconsciente y respirando trabajosamente, mientras los indígenas aguardaban en actitud humilde, con las cabezas inclinadas.

Ya habla amanecido cuando abrió los ojos. El mar tenía un aspecto maravilloso a la luz del sol naciente, pero O'Brien no oyó los gritos de los muchachos retozando por la playa.

*Saben que me estoy muriendo, pensó.*

Contempló los entristecidos rostros de los hombres que le rodeaban.

- Amigos... dijo. Y luego, en un idioma desconocido para ellos, murmuró -: Ante Dios - ante mi Dios -, he hecho todo lo que he podido.

El fuego de la muerte ascendió muy alto en la playa aquella noche, y el opresivo silencio de la mañana envolvió a los poblados. Al día siguiente, los cien jóvenes regresaron a sus casas del bosque para hacerse cargo de la herencia que el Langri les había dejado.

//

El *Rirga* estaba realizando una rutinaria misión de patrulla, y el comandante Ernst Dillinger se entretenía en su camarote jugando al ajedrez con su *robot*. Había capturado limpiamente la dama del *robot*, y estaba preparando el jaque-mate, cuando se vio interrumpido por su oficial de comunicaciones.

El oficial saludó y le entregó un mensaje.

- Es confidencial - dijo.

Por la expresión del rostro del oficial, Dillinger supo que la noticia no era agradable. Echó una ojeada al mensaje y su rostro se congestionó.

Palmeó el papel.

- Esto es una orden del gobernador del sector.

- Sí, señor.

El oficial de comunicaciones pronunció aquellas dos palabras como si la información fuese nueva para él.

- Las naves de la flota no aceptan órdenes de burócratas ni de politicastros. Informe amablemente a Su Excelencia que yo recibo órdenes del Cuartel General de la Flota, y que el hecho de que esté pasando a través de un rincón de su territorio no le autoriza a controlar automáticamente mis movimientos.

El oficial de comunicaciones rebuscó en sus bolsillos y sacó un cuaderno de notas.

- Si quiere usted dictarme el mensaje, señor...

- Acabo de darle el mensaje. Es usted un oficial de comunicaciones. ¿ Acaso no domina suficientemente el idioma para decirle que se vaya al diablo de un modo halagador?

- Creo que sí, señor.

- Pues hágalo. Y dígame al teniente Protz que venga.

Un momento después se presentó el teniente Protz. Saludó al comandante Dillinger y se sentó tranquilamente, sin pedir permiso.

- ¿En qué sector estamos ahora, Protz? - preguntó Dillinger. - En el 2397 - respondió inmediatamente Protz.

- ¿Y cuánto tiempo vamos a estar en el sector 2397?

- Cuarenta y ocho horas.

Dillinger dio una violenta palmada sobre el mensaje.

- Demasiado tiempo.

-¿Hay dificultades en alguna colonia?

Mucho peor. El gobernador del sector ha perdido cuatro naves de reconocimiento.

Protz se puso repentinamente serio.

- ¡ Caramba! ¿ Cuatro naves? Mire... tengo concedido un permiso para el año próximo. Siento tenerle que dejar en la tacada, pero no renunciaría a mi permiso ni por una docena naves de reconocimiento. Tendrá que encontrarlas sin mí.

- ¡Cállese! - gritó Dillinger -. Ese idiota de gobernador, sólo ha perdido cuatro naves de reconocimiento, sino que a tenido la desfachatez de ordenarme que empiece a buscarlas. *Ordenarme*, ¿se da cuenta? Le hecho saber que en la flota espacial existe lo que se llama el conducto reglamentario pero dispone de tiempo para comunicar con el Cuartel y conseguir que me envíen la orden desde allí. Se verán obligados a enviarla, desde luego, mientras el *Rirga* ¿esté en la zona general.

Protz se inclinó hacia adelante y cogió el papel.

- De modo que han enviado una nave de combate en busca de las cuatro naves de reconocimiento... - Leyó y chasqueó los labios -. Podría ser peor. Podríamos encontrarlas todas en el mismo lugar. La 719 no regresó, de modo que enviaron a la 1123 en su busca. Y luego enviaron a la 572 en busca de la 719 y de la 1123, y a la 1486 en busca de la 719, de la 1123 y de la 572. Han estado de suerte al tenernos a nosotros aquí. El juego podría haberse prolongado indefinidamente.

Dillinger asintió.

- Resulta algo raro, ¿no le parece?

- No podemos atribuirlo a un fallo mecánico. Esas naves son muy seguras, y sería absurdo suponer que se habían estropeado las cuatro, una tras otra. ¿Supone usted acaso que uno de esos mundos está civilizado hasta el punto de pensar en los viajes espaciales, y ha capturado a las naves?

- Es posible - dijo Dillinger -, aunque poco probable. Sólo la décima parte de los planetas de este sector han sido explorados, pero el sector entero ha sido cartografiado, y la flota lo ha utilizado como campo de maniobras un par de veces. Si uno de esos mundos hubiera desarrollado los viajes espaciales, alguien se habría dado cuenta. No... creo que encontremos a las cuatro naves en un planeta. La misma dificultad que afectó a la primera afectó a las otras. No podemos aventurarnos por un terreno desconocido. Un mundo inexplorado puede plantear dificultades insospechadas. Vaya a la sala de mapas, y trate de establecer una zona limitada de investigación. Tal vez estemos de suerte.

Veinticuatro horas más tarde el Cuartel General de la Flota envió una orden oficial, y el *Rirga* modificó su rumbo. Protz se paseaba por la sala de mapas, silbando alegremente y haciendo hábiles cálculos con una regla corrediza tridimensional. Un técnico los comprobaba después en una calculadora electrónica, y tenía dificultades en mantener el ritmo que el teniente imprimía a las operaciones.

Dillinger contempló enfurruñado las coordenadas que Protz le había entregado.

- ¿ Cree usted que este sistema es tan bueno como cualquier otro?

- Es mejor que cualquier otro - puntualizó Protz, señalando el mapa -. El último informe de la 719 procedió de aquí... Existen tres posibilidades, pero únicamente ésta está de acuerdo con la ruta seguida por la nave. Apostaría diez contra uno a que estoy en lo cierto. No debe haber más que un planeta habitable en esa ruta. Y podemos llegar a él en un par de días.

Dillinger refunfuñó:

- ¡Un solo planeta para buscar cuatro naves de reconocimiento! Lleva usted demasiado tiempo en el espacio, Protz. ¿ Ha olvidado acaso lo grande que - es un planeta?

- Como usted dijo, tal vez estemos de suerte.

Estuvieron de suerte. Había un solo planeta habitable, con un solo y estrecho continente subtropical. En su primera observación divisaron a las cuatro naves de reconocimiento, alineadas en una pequeña elevación del terreno que dominaba el mar.

- ¡ Maldición! Vamos a perder más de una semana en este asunto, y esos imbéciles han bajado ahí para dedicarse a pescar...

- Tenemos que aterrizar - dijo Protz -. No podemos estar seguros.

Dillinger apartó la mirada de las fotografías, con una leve sonrisa en el rostro.

- Desde luego que vamos a aterrizar. Échele una mirada a esto. Aterrizaremos, y en cuanto les haya sacudido unos puntapiés a los tripulantes de esas naves, yo *también* me iré a pescar.

El *Rirga* se posó en el suelo a un millar de metros de la playa. Tras las necesarias comprobaciones científicas y una minuciosa investigación de la zona de aterrizaje, salió una patrulla en dirección a las cuatro naves de reconocimiento, protegida por los cañones del *Rirga*. Dillinger descendió por la escalerilla, respirando ávidamente la brisa del mar, y se encaminó hacia la playa.

Unos instantes después, Protz se reunió con él.

- Las naves están desiertas. Parece como si sus tripulantes las hubieran abandonado.

- Tenemos que localizarlos - dijo Dillinger -. Notifíquelo al Cuartel General.

Protz se alejó apresuradamente.

Dillinger regresó lentamente al *Rirga*. La zona de aterrizaje estaba siendo consolidada. Habían sido enviadas patrullas a lo largo de la costa y tierra

adentro. Una de ellas señaló el descubrimiento de un poblado nativo; desierto. Dillinger se encogió de hombros con indiferencia y se dirigió a su camarote. Se sirvió una bebida y se tumbó en su litera, preguntándose si habría algo a bordo que pudiera ser utilizado como aparejos de pesca.

A través del teléfono interior llegó la voz del teniente Protz.

- ¿Comandante?

- Estoy descansando - dijo Dillinger.

- Hemos encontrado un indígena.

- El *Rirga* debería ser capaz de entenderse con un indígena sin necesidad de importunar a su comandante.

- Tal vez debí decir que el indígena nos encontró a nosotros. Desea hablar con el comandante.

Los reflejos de Dillinger eran lentos. Transcurrieron diez largos segundos antes de que se sentara bruscamente, vertiendo el contenido del vaso.

- Habla galáctico - dijo Protz -. Le están trayendo hacia aquí. ¿Qué haremos con él?

- Monten una tienda. Le recibiré con el debido ceremonial.

Poco después, resplandeciente en un uniforme lleno de galones dorados, el comandante Dillinger descendía la escalerilla del *Rirga*. La tienda había sido ya montada y a su alrededor se encontraba una guardia de honor. A Dillinger le pareció que los miembros de la guardia hacían verdaderos esfuerzos para mantenerse serios. Un momento después comprendió el motivo. El indígena era un modelo de perfección física, joven, de aspecto inteligente. Llevaba únicamente un taparrabo de dudosa manufactura. Su pelo rojo refulgía a la brillante luz del sol.

De pie delante de él en uniforme de gala, Dillinger se dio cuenta de lo cómico de la situación y sonrió. El indígena dio unos pasos hacia adelante, con el rostro serio, lleno de confianza en sí mismo. Extendió su mano,

- ¿Cómo está usted? Yo soy Fornri.

- Comandante Dillinger - respondió Dillinger, casi maquinalmente.

Se apartó ceremoniosamente a un lado, y permitió que el indígena le precediera para entrar en la tienda. Dillinger y varios de sus oficiales entraron detrás de él.

El indígena no hizo caso de las sillas y se encaró con Dillinger.

- Me veo en el desagradable deber de informarle de que usted y el personal de su nave se encuentran detenidos.

Dillinger se dejó caer en una silla. Se volvió hacia Protz, el cual le guiñó un ojo. Detrás de él, un oficial no consiguió reprimir una risita ahogada. El indígena había hablado en voz alta, y sus palabras habían traspasado la lona de la tienda. En el exterior se oyeron murmullos y risas apenas disimuladas.

Un indígena pelirrojo armado con una lanza se permitía detener al *Rirga*. Sería un chiste muy bueno cuando lo contarán... aunque todo el mundo lo tomaría por un simple chiste.

Dillinger fingió que no había visto el guiño de Protz.

- ¿Cuál es la acusación?

El indígena recitó en un tono inexpresivo:

- Aterrizaje en una zona prohibida, evicción voluntaria de la aduana y de la cuarentena, carencia del permiso oficial de inmigración, sospecha de contrabando, y acarreo de armas sin la debida autoridad. Sígame, por favor, y le conduciré a su zona de detención.

Protz se puso repentinamente serio.

- No ha aprendido a hablar galáctico de ese modo de las tripulaciones de las naves de reconocimiento –susurró -. Sólo hace un mes que desapareció la primera de las naves.

Dillinger se volvió hacia los oficiales que le rodeaban.

- Les ruego que dejen de reír. Éste es un asunto serio.

Las risas cesaron.

-¿Es que no se dan cuenta, imbéciles? Este hombre representa a la autoridad civil. A menos de que existan arreglos especiales en ese aspecto, el personal militar está sometido a las leyes de cualquier planeta que tenga un gobierno central. Si existen varios gobiernos autónomos... - Se dirigió al indígena -: ¿Tiene este planeta un gobierno central?

- Lo tiene - dijo el indígena.

- ¿Tienen ustedes detenido al personal de las naves de reconocimiento?

- Desde luego.

- Ordene a todo el personal que regrese a la nave - le dijo Dillinger a Protz. Y al indígena -: Compréndalo... He de informar a mis superiores acerca de esto.

- Con dos condiciones. Todas las armas que han sido desembarcadas de la nave quedarán confiscadas. Y no se permitirá a nadie, excepto a usted, regresar a la nave.

Dillinger se volvió hacia Protz.

- Haga que los hombres dejen sus armas en el lugar que - él señale.

\*\*\*

Transcurrieron ocho días antes de que Dillinger pudiera entablar las negociaciones finales. Antes de que empezara la conferencia, solicitó hablar con uno de los hombres de las naves de reconocimiento. Los indígenas lo trajeron a la tienda, bronceado por el sol, robusto, sin más ropa que un taparrabo como los que usaban los indígenas. Sonrió tímidamente a Dillinger.

- Casi lamento verle a usted, comandante.

- ¿Cómo le han tratado?

- Estupendamente. No puede pedirse mejor trato. La comida es maravillosa. Tienen una bebida que juraría que es lo mejor que hay en toda la galaxia. Nos construyeron algunas chozas en la playa, y nos dijeron dónde podíamos ir y qué podíamos hacer, y nos dejaron solos. A excepción de los que nos traen la comida, y algunas barcas de pesca, apenas vemos a los indígenas.

- Tres nativas por cabeza, supongo - dijo secamente Dillinger.

- Nada de eso. Las mujeres no se acercan a nosotros. De todos modos, si tiene usted que ponerle nombre a este planeta, puede llamarlo Paraíso. Nos pasamos la mayor parte del tiempo nadando y pescando. ¡Debería usted ver la cantidad y calidad de peces que hay en este océano!

- ¿Están ustedes armados?

- No. Nos cogieron por sorpresa, nos desarmaron, y eso fue todo. Lo mismo les ocurrió a los de las otras naves.

- Bien, es todo lo que quería saber - dijo Dillinger.

Los indígenas se llevaron al hombre, y Dillinger abrió las negociaciones. Se sentó a un extremo de la mesa, flanqueado por dos de sus oficiales. Fornri y otros dos jóvenes estaban enfrente de ellos, al otro lado de la mesa.

- Estoy autorizado - dijo Dillinger - para aceptar incondicionalmente su relación de multas y sanciones. En el flanco de la Galaxia han sido depositados cuatrocientos mil créditos a nombre de su gobierno.

- Empujó un recibo a través de la mesa. Fornri lo cogió indiferentemente.

- El estado legal de este planeta como mundo independiente será aceptado - continuó Dillinger -. Sus leyes serán respetadas por la Federación Galáctica y se aplicarán en los tribunales de la Federación de los cuales dependen los ciudadanos de la propia Federación. Proporcionaremos a un gobierno un centro de comunicaciones, de modo que pueda mantener contacto con la Federación,

y a fin de que las naves que deseen tomar tierra en este planeta puedan obtener el permiso oficial.

A cambio, esperamos la inmediata puesta en libertad del personal, la devolución del equipo, y el permiso de partida para las naves de la Federación.

- Me parece satisfactorio - dijo Fornri -. Siempre, desde luego, que los términos del acuerdo sean por escrito.

- Me ocuparé de ello inmediatamente - dijo Dillinger. Vaciló, sintiéndose un poco intranquilo -. Espero que habrá comprendido que esto significa que deben ustedes devolver todas las armas que han confiscado, lo mismo las del *Rirga* que las de las naves de reconocimiento.

- Desde luego - dijo Fornri. Sonrió -. Somos un pueblo pacífico. No necesitamos armas.

Dillinger respiró profundamente. Por algún motivo, había esperado que las negociaciones fracasaran al llegar a aquel punto.

- Teniente Protz – dijo -, ¿quiere usted ocuparse de que redacten los términos del acuerdo?

Protz asintió y se puso en pie.

- Un momento - dijo Dillinger -. Hay algo más. Debemos dar un nombre oficial a su planeta. ¿Cómo lo llaman ustedes?

Fornri pareció intrigado.

- ¿Llamarlo?

- Hasta ahora, ustedes han sido únicamente coordenadas y un número para nosotros. Deben tener un nombre. Y será mejor que se lo den ustedes mismos. Si no lo hicieran lo harían otros, y a ustedes quizá no les gustase. Podría ser el que le aplican en su idioma, o un vocablo descriptivo... en fin, que sea de su agrado.

Fornri vaciló.

Creo que tendremos que discutir el asunto.

- Desde luego - dijo Dillinger -. Pero, tengo que advertirle una cosa: una vez se le haya designado un nombre al planeta, será muy difícil cambiarlo.

- Comprendo - dijo Fornri.

El indígena se retiró, y Dillinger se retrepó en su asiento con una sonrisa, sorbiendo un trago de la bebida indígena que le habían servido en una especie de cubilete. La bebida era tan deliciosa como había asegurado el tripulante de la nave de reconocimiento.



*Tal vez Paraíso sería un nombre adecuado para este lugar - pensó -. Pero entonces... Sería mejor que lo decidan los indígenas. Paraíso puede significar algo muy; distinto para ellos. Cuando los planetas reciben su nombre de algún forastero, se presentan toda clase de complicaciones.*

Recordó la famosa historia de la nave de reconocimiento que pidió ayuda desde una zona pantanosa de un planeta desconocido. «¿Dónde están ustedes?», preguntó la Base. La nave de reconocimiento dio sus coordenadas y añadió, innecesariamente: «Esto es el infierno». Los habitantes del planeta llevaban dos siglos solicitando que se les cambiara el nombre, pero en todos los mapas oficiales el planeta figuraba aún como «Infierno».

Tres horas después estaban en el espacio, en camino hacia Fron, la capital del sector. Protz miró hacia atrás, contemplando el planeta cada vez más diminuto, y sacudió la cabeza.

- *Langri* – murmuro -. ¿Qué cree usted que significa? En Fron, Dillinger informó al gobernador del sector.

- De modo que le han dado el nombre de *Langri*... - dijo el gobernador -. Y... ¿Dice usted que hablan galáctico?

- Lo hablan bastante bien, con un acento especial.

- Fácilmente explicable, desde luego. Una nave aterrizó allí en alguna época pasada. A la gente le gustó el lugar y se quedó, posiblemente. ¿Vio usted algún rastro de una nave, o naves?

- No. No vimos nada, a excepción de lo que quisieron que viéramos.

- Sí. Una situación delicada para usted. Y no por culpa suya, desde luego. Pero esos hombres de las naves de reconocimiento... - Sacudió la cabeza -. Lo que me intriga es que hablen galáctico. Lo lógico es que los extranjeros hubieran aprendido el idioma indígena. Hay un idioma indígena, ¿no es cierto?

- No puedo decirlo. No oí a ninguno de ellos hablar más que en galáctico. Desde luego, no les oí hablar entre sí. Cuando tenían que consultarse acerca de algo, se retiraban más allá del alcance de nuestros oídos. Pero, ahora que pienso en ello, me parece recordar que oí a unos chiquillos que hablaban galáctico.

- Muy interesante - dijo el gobernador -. *Langri*... Debe tratarse de una palabra indígena. Será mejor enviar un filólogo con el personal que establezcamos allí. Me gustaría saber cómo aprendieron el galáctico y por qué han continuado hablándolo también, me gustaría saber cuánto tiempo hace que hubo extranjeros allí.

- Es un pueblo inteligente - dijo Dillinger -. Llevaron muy bien las negociaciones y, en todo momento, se mostraron sumamente civilizados. Tengo órdenes de

llevar un embajador a Langri, además del personal necesario para instalar allí una estación permanente. ¿Sabe usted algo de eso?

- Yo proporcionaré el personal para la estación. El embajador ha sido ya nombrado y llegará dentro de unos días. Entretanto, puede conceder un permiso a sus hombres y tomarse usted mismo un buen descanso.

\*\*\*

Una semana más tarde, H. Harlow Wembling, embajador en Langrí, ascendía por la rampa del *Rirga*, precedido de su imponente panza. Discutió con el oficial de servicio, reprendió a la tripulación, y cuando Dillinger le visitó en su camarote para presentarle sus respetos, pidió que asignaran a su servicio; como criado, a un miembro de la tripulación.

Dillinger salió del camarote con el ceño fruncido, y le expuso a Protz su opinión sobre el nuevo embajador con palabras que hicieron al teniente frotarse los oídos, estupefacto.

- ¿Va a concederle usted lo que ha pedido? - preguntó Protz.

- Le he dicho - respondió Dillinger, saboreando el recuerdo -, le he dicho que la única persona de a bordo que dispone de algún tiempo libre soy yo, y que no estoy preparado para servir a un caballero de su categoría. Es un elemento insoportable. Realmente vergonzoso.

- No se preocupe, comandante. No tardaremos en vernos libres de él.

- Estaba pensando en los indígenas de Langri. Todo es política, desde luego. Wembling es un miembro adicto del partido, que ve recompensados con este cargo años enteros de servicios leales y sus aportaciones económicas a las campañas electorales. Siempre ocurre así, y la mayoría de los nombrados para esos cargos son bastante decentes. Algunos son incluso competentes, pero siempre existe el caso excepcional del hombre que cree que la palabra *embajador* delante de su nombre le eleva cuarenta grados hacia la divinidad. ¿Por qué habrán nombrado precisamente a éste para nuestro planeta?

- Es probable que no existan motivos de preocupación. Esos nombramientos políticos no suelen tener mucha duración. Y, de todos modos, no es asunto nuestro.

- Es asunto mío - dijo Dillinger -. Yo negocié el tratado con Langrí, y hasta cierto punto me siento responsable de lo que pueda suceder.

Dejaron al embajador Wembling en Langri, junto con el personal que tenía que encargarse de la estación permanente que la Federación había decidido establecer en el planeta. En el último momento se produjo un altercado, ya que a Wembling se le ocurrió repentinamente insistir en que la mitad de la tripulación del *Rirga* debía quedarse de guardia en la estación. Finalmente, el *Rirga* regresó

al espacio, con su tripulación completa. Dillinger se sentía dispuesto a olvidar por completo a Langri y a volver al trabajo.

Pero no consiguió olvidarlo, y en los meses y años que siguieron fueron muchas las veces que recordó las deliciosas playas de Langri, sus aguas pobladas de maravillosos peces y el aire marino mezclado con el perfume de minadas de flores.

*¡Qué lugar tan maravilloso para pasar unas vacaciones! - solía pensar -. O para un retiro... ¡Qué lugar tan maravilloso para un oficial de la Marina jubilada!*

Un anticuado carguero, que efectuaba la travesía entre Quiron y Yorlan, en una ruta espacial poco frecuentada, desapareció. A años-luz de distancia, un burócrata de imaginación exuberante pensó inmediatamente en la piratería. Se cursaron las oportunas órdenes, y el teniente-comandante James Vorish, del crucero de combate *Hiln*, modificó el rumbo y se dispuso a pasar seis monótonos meses en servicio de patrulla.

Una semana después, las órdenes fueron cambiadas. Vorish modificó nuevamente el rumbo y comentó lo que sucedía con el teniente Robert Smith.

- Alguien ha estado excitando a una población indígena explicó. Tenemos que dirigirnos allí y proteger a los ciudadanos y los bienes de la Federación.

- Hay gente que no aprenderá nunca - dijo Smith -. Pero... *Langri*... ¿ Dónde diablos está Langri? Nunca había oído se nombre.

\*\*\*

Vorish pensó que aquél era el lugar más bello que había visto en su vida. Se encontraba al oeste. Los árboles extendían su follaje verde pálido hasta la misma playa. Las flores cerraban delicadamente sus hermosos pétalos a medida que el sol del atardecer dejaba de acariciarlas. Las olas de un mar extremadamente azul lamían con indolencia las doradas arenas de la playa.

Detrás de él, el espantoso esqueleto de un enorme edificio en construcción se erguía envuelto en las primeras sombras del crepúsculo. El turno de obreros de la tarde trabajaba activamente. A lo largo de la playa resonaban estruendosos ruidos. Los motores trepidaban y rugían. Piadosamente, la incierta claridad del atardecer celaba los estragos que la obra en construcción había causado en el bosque.

El hombre llamado Wembling hablaba.

- Tiene usted el deber de proteger las vidas y los bienes de los ciudadanos de la Federación.

- Desde luego - dijo Vorish -. Dentro de unos límites razonables. Lo que usted pide exigiría una división del ejército y material por valor de un millón de créditos. Y ni aun así podría garantizarse una seguridad absoluta. Dice usted

que a veces los indígenas llegan por el mar. Esto quiere decir que tendríamos que rodear toda la península.

- Son unos redomados bribones - dijo Wembling -. Tenemos derecho a exigir protección. No puedo mantener a los hombres en el trabajo si temen por sus vidas.

- ¿Cuántos hombres ha perdido usted?

- Ninguno, desde luego. Pero no ha sido por falta de intención en los indígenas.

- ¿No ha perdido usted a ninguno? ¿Y qué me dice de los bienes? ¿Han sufrido algún daño los materiales o los suministros?

- No - dijo Wembling -. Pero sólo se debe a que nos hemos mantenido vigilantes. He tenido que convertir a la mitad de mis hombres en una fuerza de policía.

- Veremos lo que puede hacerse - dijo Vorish -. Concédame algún tiempo para hacerme cargo de la situación, y luego volveré a hablar con usted.

Wembling llamó a dos fornidos guardaespaldas y se alejó precipitadamente. Vorish bajó hasta la playa, devolvió el saludo a un centinela y se quedó en pie, contemplando el mar.

- No hay nadie enfrente de nosotros, señor - dijo el centinela -. Los indígenas...

Se interrumpió bruscamente, y volvió a saludar: había llegado el teniente Smith.

-¿Se ha enterado usted de algo? - preguntó Vorish.

- Esta situación resulta bastante rara. Las «incursiones» de que hablaba Wembling, por ejemplo... Los indígenas suelen presentarse uno a uno, y no van armados. Se limitan a merodear por aquí, y lo máximo que hacen es tumbarse delante de una máquina o algo por el estilo, de modo que el trabajo tiene que interrumpirse hasta que alguien los aparta y los conduce hasta el bosque.

- ¿Ha sido herido algún indígena?

- No. Los hombres dicen que Wembling ha dado órdenes muy severas acerca de eso. Pero los obreros están muy nerviosos porque no saben en qué momento va a surgir un indígena delante de ellos. Temen que si uno de los indígenas resulta herido, los otros se presentarán con lanzas, flechas envenenadas, o algo así.

- Por la impresión que he sacado de Wembling, mis simpatías están de parte de los indígenas. Pero he de cumplir las órdenes que me han dado. Colocaremos una línea de puestos de guardia a través de la península, y distribuiremos unos cuantos más alrededor de la zona de trabajo. Es lo mejor que podemos hacer, a

pesar de que será una molestia para nuestro personal. Veremos la cara que ponen los especialistas cuando les digamos que tienen que montar guardia.

- No creo que pongan reparos - dijo Smith -. Un par de horas de asueto en esta playa compensan ocho horas de guardia. Voy a empezar a distribuir los puestos.

Vorish regresó al *Hiln* y se convirtió en el blanco de una avalancha de mensajeros. A míster Wembling le gustaría saber... Míster Wembling sugiere... Si no fuera demasiada molestia para usted... Saludos de parte de míster Wembling... Míster Wembling dice... Como mejor le parezca a usted... Míster Wembling lo lamenta, pero...

¡ Dichoso míster Wembling! Vorish se había visto obligado a ordenar a su oficial de comunicaciones que instalase una línea directa con la oficina de Wembling. Luego encargó a un joven oficial que se dedicara exclusivamente a recibir a los mensajeros de Wembling.

Se disponía a aprovechar el pequeño respiro que le concedían aquellas medidas, cuando se presentó Smith, que regresaba de su tarea de distribuir los puestos.

- Un indígena desea verle - anunció -. Lo tengo ahí fuera.

Vorish levantó las manos.

- Bueno, he oído el punto de vista de Wembling. Puedo oír también el de los indígenas. Me fastidia pedirle favores a nadie, pero supongo que Wembling nos proporcionará un intérprete.

- Podría hacerlo si lo tuviera, pero no tiene ninguno. Esos indígenas hablan galáctico.

- ¿Cómo dice? - Hizo una pausa, sacudiendo la cabeza -. No, ya veo que está hablando en serio. Sospecho que este planeta no es lo que yo imaginaba. Haga entrar a ese hombre.

El indígena se presentó a sí mismo como Fornri y estrechó confiadamente la mano de Vorish. Su pelo rojo brillaba como una llama. Aceptó una silla, y se sentó con gran dignidad.

- Creo – dijo - que son ustedes miembros de la Marina Especial de la Federación Galáctica de Mundos Independientes. ¿Me equivoco?

Vorish dejó de mirarle con fijeza el tiempo suficiente para reconocer que estaba en lo cierto.

- En nombre de mi gobierno - dijo Fornri -, vengo a solicitar su ayuda para expulsar a los invasores de nuestro mundo.

Vorish estudió el serio y juvenil rostro del indígena antes de aventurar una respuesta.

- Esos invasores... - dijo finalmente -. ¿ Se refiere usted al proyecto de construcción?

- Efectivamente - dijo Fornri.

- Su planeta ha sido clasificado SC por la Federación, lo cual le coloca bajo la jurisdicción de la Oficina Colonial. Wembling y Compañía tienen un permiso de la Oficina para edificar aquí. Veo muy difícil que puedan ser considerados como invasores.

Fornri habló lenta y claramente.

- Mi gobierno tiene un tratado con la Federación Galáctica de Mundos Independientes. El tratado garantiza la independencia de Langri, y garantiza también la ayuda de la Federación en el caso de que Langri sea invadida desde el espacio exterior. En este momento estoy reclamando de la Federación Galáctica de Mundos Independientes el cumplimiento de su garantía.

- Acérqueme el Índice - le dijo Vorish a Smith. Cogió el pesado volumen, lo hojeó unos instantes y encontró una página encabezada *Langri*-. Establecido contacto inicial en el '84 ~ Hace cuatro años. Clasificado SC en septiembre del 85. No hay mención de ninguna clase de tratado.

Fornri sacó un tubo de madera de su cinto y extrajo de él un papel enrollado. Se lo entregó a Vorish, el cual lo desenrolló y lo alisó. Era una copia cuidadosamente escrito de un documento oficial. Vorish miró la fecha y consultó el Índice.

- Fechado en junio del 84 - le dijo a Smith -. Un mes y medio después de establecerse el contacto inicial. Clasifica a Langri como 5X.

- ¿Es auténtico? - preguntó Smith.

- Parece auténtico. No creo que esa gente pudiera haberlo inventado. ¿ Tienen ustedes el original de este documento?

- Sí - dijo Fornri.

- Desde luego, no podía llevarlo encima. Probablemente no confía en nosotros, y no puedo reprochárselo.

Pasó el papel a Smith, el cual lo examinó minuciosamente y se lo devolvió.

- Resulta un poco extraño que la clasificación de un nuevo planeta se retrase un año y medio después de establecido el contacto inicial. Si este documento es auténtico, Langri debió de ser reclasificado en el 85.

- El Índice no habla para nada de reclasificación - dijo Vorish. Se volvió hacia Fornri -. Hasta que nos ordenaron venir a este planeta no habíamos oído hablar nunca de él, de modo que no sabíamos nada acerca de su clasificación. Cuéntenos cómo ocurrió.

Fornri asintió. Hablaba un galáctico perfecto, con un acento que Vorish no conseguía localizar del todo. De cuando en cuando hacía una pausa para buscar una palabra, pero su relato era claro y conciso. Describió la llegada de los hombres de las naves de reconocimiento, su captura, y las negociaciones con los oficiales del *Rirga*. Lo que siguió les hizo fruncir el ceño.

- ¿ Wembling? ¿ Wembling fue el primer embajador?

- Sí, señor - dijo Fornri -. Se burló de la autoridad de nuestro gobierno, insultó a nuestro pueblo, e importunó a nuestras mujeres. Solicitamos a vuestro gobierno que lo echaran de aquí, y nuestra solicitud fue atendida.

- Probablemente tiene mucha influencia política – dijo Smith -. Consiguió que el planeta fuese reclasificado y obtuvo un permiso de construcción. Una venganza sumamente eficaz por un supuesto insulto.

- O quizás había visto una oportunidad de hacer dinero aquí - dijo Vorish -. ¿ Le notificaron oficialmente a su gobierno que el tratado había expirado y que Langri había sido reclasificado?

- No - dijo Fornri -. Después de Wembling, llegó otro embajador, un tal míster Gorman. Era un buen amigo de mi pueblo. Luego llegó una nave y se llevó a míster Gorman y a todo su personal. No nos informaron de nada. A continuación se presentó míster Wembling con muchas naves y muchos hombres. Le dijimos que tenía que marcharse, pero se rió de nosotros y empezó a construir el hotel.

- Lleva casi tres años construyéndolo - dijo Vorish -. No parece que haya adelantado mucho.

- Acudimos a un abogado - dijo Fornri -, y por mediación suya obtuvimos una orden judicial para el cese de los trabajos. Pero, cada vez, el juez ha anulado la orden.

- ¿ Interdicción? - exclamó Smith -. ¿ Quiere usted decir que han planteado ustedes un pleito acerca de esto?

- Traígame al teniente Charles - dijo Vorish.

Smith sacó de la cama al joven oficial jurídico del *Hun*. Con la ayuda de Charles, interrogaron ampliamente a Fornri acerca de la inútil acción legal emprendida por el gobierno de Langri contra H. Harlow Wembling.

La historia era sorprendente y patética a la vez. La estación de la Federación se había llevado el equipo completo de comunicaciones al marcharse de Langri. Los indígenas estaban indefensos cuando Wembling regresó, y no les quedaba

otro recurso que intentar una demostración de fuerza. Afortunadamente, habían encontrado un amigo entre el personal de Wembling - Fornri no dijo su nombre - , y ese amigo los puso en contacto con un abogado, y el abogado había recurrido muchas veces a los tribunales por ellos, con gran entusiasmo.

No podía intervenir en el asunto de la violación del tratado, debido a que era materia de exclusiva competencia del gobierno. Pero había atacado a Wembling en sus actividades, basándose en aspectos legales que Fornri no comprendía del todo. En una de las ocasiones, por ejemplo> Wembling había sido acusado de violar su permiso de construcción, el cual le concedía derechos exclusivos para el desarrollo de los recursos naturales de Langri. Los trabajos de construcción del hotel quedaron interrumpidos durante varios meses, hasta que un juez decretó que un lugar de veraneo potencial era un recurso natural. Los indígenas habían ganado el asalto más reciente, al dictaminar un tribunal que Wembling era culpable de daños por haber destruido todo un poblado al despejar el terreno para la construcción del hotel. Su permiso, dictaminó el tribunal, no le autorizaba a usurpar la propiedad privada. Pero los daños habían sido reparados, y ahora Wembling había reanudado el trabajo, y el abogado trataba de encontrar otro punto por donde atacarle. Se interesaba también por encontrar un medio legal de impugnación en lo que respecta al tratado violado, pero en este aspecto las perspectivas de éxito eran muy remotas.

- El pleitear cuesta dinero - observó Vorish. Fornri se encogió de hombros. Langri tenía dinero. Disponía de cuatrocientos mil créditos que la Federación le había pagado, y disponía del producto de una importante cantidad de mineral de platino que el amigo, del cual les había hablado antes, había conseguido contrabandear para ellos.

- ¿Hay platino en Langri? - preguntó Vorish.

- El platino no procede de Langri - dijo Fornri.

Vorish tamborileó impacientemente con los dedos sobre su escritorio. La situación de Langri estaba llena de enigmas. ¿Cómo era que los indígenas hablaban galáctico cuando llegaron las primeras naves de reconocimiento? ¿Y aquel mineral de platino que no procedía de Langri? Sacudió la cabeza.

- No creo que consigan derrotar a Wembling en los tribunales. Pueden obtener alguna victoria parcial, pero a la larga ganará él. Y les arruinará. Los hombres como Wembling tienen mucha influencia y todo el apoyo financiero que necesitan.

- Las actuaciones judiciales nos conceden tiempo - dijo Fornri -. Lo que necesitamos es tiempo... tiempo para el Plan.

Vorish miró a Smith con expresión dubitativa.

- ¿Qué opina usted?



- Creo que estamos obligados a presentar un informe completo acerca de este asunto. El tratado fue negociado por oficiales de la Marina. El Cuartel general de la Marina debe ser ampliamente informado de lo que ha

- Sí. Debemos enviarles una copia de estos. Aunque una copia de una copia no tendrá mucho peso. Y los indígenas no querrán desprenderse del original. - Se volvió hacia Fornri -. Voy a enviar al teniente Smith con usted. Irá acompañado de un par de hombres. Ninguno de ellos irá armado. Llévelos donde quiera, y reténgalos todo el tiempo que quiera, pero tienen que sacar una fotocopia del tratado para que podamos ayudarles a ustedes.

Fornri meditó el asunto unos instantes, y dio su asentimiento. Vorish envió a Smith con dos de sus hombres y el correspondiente material, y a continuación se dispuso a redactar un informe. Fue interrumpido por un joven alférez que se presentó con el rostro enrojecido y tartamudeó:

- Perdone, mi comandante; pero míster Wembling...

- ¿Qué le pasa ahora a míster Wembling? - inquirió Vorish en tono de resignación.

- Míster Wembling desea el traslado a otro lugar del puesto de guardia número treinta y dos. Dice que las luces no le dejan dormir.

Por la mañana, Vorish salió a dar un paseo y se dirigió al hotel en construcción. Wembling se reunió con él. Llevaba una camisa de manga corta de un llamativo colorido y pantalones cortos. Sus brazos y piernas estaban tostadas por el sol, y su pálido rostro se ocultaba debajo de un salacot.

- Tendrá un millar de plazas - explicó Wembling -. La mayor parte de las habitaciones serán dobles. Habrá una gran piscina en la terraza, con vista al mar. Hay muchas personas que no soportan el agua salada, ya sabe. También estamos construyendo un campo de golf. Habrá dos comedores principales, y media docena de comedores más pequeños, especializados en platos típicos de diversos lugares. Dispongo de una flotilla de embarcaciones para llevar a la gente de pesca. También es posible que traiga un par de submarinos provistos de mirillas de observación para contemplar las profundidades del mar. Tal vez no lo crea usted, pero existen centenares de mundos cuyos habitantes no han visto nunca el mar. Son mundos en los cuales la gente no dispone ni siquiera de agua para bañarse. Tienen que utilizar productos químicos. Si alguna de esas personas pueden venir a Langri, y pasar aquí una temporada, de cuando en cuando, un montón de médicos famosos se quedarán sin trabajo. Este proyecto mío prestará un gran servicio a la humanidad.

- ¿De veras? - murmuró Vorish -. No sabía que la suya era una organización filantrópica.

- ¿Filantrópica? ¡ Oh! Desde luego, obtendremos un beneficio. Un saneado beneficio. ¿Qué hay de malo en ello?

- Por lo que he visto de su hotel, sólo podrá albergar a los pobrecitos millonarios.

Wembling hizo un gesto grandilocuente.

- Esto es sólo el principio. Tiene que existir una sólida base financiera desde el primer momento, ya sabe. Pero los pobres también podrán veranear en Langri. No en hoteles a la orilla del mar, naturalmente, pero tendrán acceso a determinados sectores de playa, y dispondrán de alojamientos de acuerdo con su categoría. Hemos pensado en todo.

- Lo que sucede es que estoy acostumbrado a ver las cosas de un modo distinto - dijo Vorish -. La Marina del Espacio dedica la vida de sus hombres al servicio de la humanidad, pero si se fija usted en los sueldos que se perciben, verá que en su dedicación no hay la menor idea de beneficio.

- No hay nada malo en obtener un beneficio. ¿Dónde estaría actualmente la raza humana si nadie deseara un beneficio? Viviríamos aún en cavernas, como estos indígenas de Langri. Aquí hay un excelente ejemplo de una sociedad sin la idea del beneficio. Supongo que a usted le encanta.

- No me parece mal - murmuró Vorish.

Pero Wembling no le oyó. Se había marchado precipitadamente, jurando de un modo inconcebible en un hombre de su categoría social. Un indígena, salido de no se sabía dónde, se había aferrado a una viga que iba a ser izada por medio de una grúa. Los obreros trataban de separarle de allí... sin violencia. El indígena se mantenía obstinadamente asido a 1a viga. El trabajo quedó interrumpido hasta que consiguieron soltar al indígena y llevárselo de allí.

El teniente Smith llegó a tiempo de presenciar el cómico final del drama.

- ¿Qué esperan ganar con esto? Alijo Vorish.

- Tiempo - respondió Smith -. ¿No oyó usted lo que dijo aquel indígena? Necesitan tiempo para el Plan...

- Tal vez están planeando una insurrección en masa.

- Lo dudo. Tengo la impresión de que se trata de un pueblo esencialmente pacífico.

- Les deseo mucha suerte - dijo Vorish -. Wembling es un mal enemigo. Me pregunto de dónde saca las tuerzas para controlar todo esto. Se pasa el día entero de un lado a otro, vigilando para que todo marche como es debido.

- Quizá se pase toda la noche comiendo. ¿Quiere echarle un vistazo a los puestos de guardia?

Los dos hombres empezaron a alejarse. A cierta distancia oyeron gritar a Wembling, apremiando a los obreros para que reanudaran el trabajo. Un instante después, Wembling llegó corriendo y se reunió con ellos.

- Si hubiera usted colocado la línea de defensa que le pedí - le dijo a Vorish -, no me encontraría con esta clase de problemas.

Vorish no respondió. Era evidente que Wembling habla dado órdenes para que no se utilizara la violencia contra los Indígenas, pero Vorish ponía en duda que sus motivos fueran humanitarios. Un enfoque inoportuno del problema indígena podría perjudicarlo en alguna futura actuación judicial. En - cambio, a Wembling no le preocupaba en absoluto que la Marina del Espacio causara algún daño a los indígenas. La responsabilidad de la acción no recaería sobre él. Habla pedido a Vorish la instalación de una barrera electrónica que electrocutara a cualquier indígena que intentara cruzarla.

- En el peor de los casos - dijo Vorish -, los indígenas sólo producen molestias sin importancia.

- No disponen de muchas armas dijo Wembling -, pero tienen las suficientes para rebanar gargantas y, si se decidieran a actuar conjuntamente, son numerosísimos. Y, además, su actuación está retrasando considerablemente las obras. Quiero mantenerlos alejados de aquí.

- No creo que sus gargantas estén en peligro, pero haremos lo que podamos para mantenerlos alejados.

- Creo que no puedo pedir nada más dijo Wembling

Dejó oír una risita ahogada y enlazó su brazo con el de Vorish.

Smith había situado los puestos de guardia aprovechando las escasas irregularidades del terreno. En aquel momento tenía unos hombres dedicados a la tarea de limpiar el suelo a efectos de una mejor visibilidad. Wembling anduvo de un lado para otro examinando los resultados, con casuales alusiones a un Almirante de las Flota. De repente, hizo que Vorish se detuviera.

- Esta línea de defensa... Habrá que trasladarla.

Boris le miró fríamente.

- ¿Por qué?

- Dentro de dos o tres semanas empezaremos a trabajar en el campo de golf. A este lado de la línea sólo cabe la mitad del campo. Y tal vez menos. De modo que tendremos que trasladarla. No quiero tener a mis hombres trabajando sin protección. Pero, no hay prisa... mañana lo haremos.

- Suponiendo que me diga lo que tiene en el magín dijo Vorish.

Wembling llamó a una patrulla de exploración, y se pusieron en marcha bajo la vigilancia de una escolta militar Avanzaron hacia el oeste de la península, la cual se ensanchaba repentinamente hasta convertirse en una parte del continente. Se abrieron camino a través de los árboles mientras el sudoroso Wembling, disfrutando enormemente gesticulaba y señalaba los límites del futuro campo de golf.

Una hora más tarde, Vorish pasó revista al terreno que el campo de golf iba a ocupar, y dio a Wembling una rotunda negativa.

- La línea sería demasiado larga hasta aquí dijo -. No tendría bastantes hombres.

Wembling sonrió.

- El comandante siempre está de broma. Tiene usted hombres de sobra. La mayoría se pasan el tiempo en la playa.

- Mis hombres trabajan por turnos, lo mismo que los de usted. Si pongo a esos hombres de guardia, no tendrán ningún descanso.

- Los dos sabemos que puede usted establecer una línea de defensa que no exigiría ningún hombre dijo Wembling.

- Los dos sabemos que no voy a establecerla. Sus hombres pueden trabajar sin protección naval. Están Seguros

- De acuerdo, si usted lo quiere así. Pero, si les ocurre algo...

- Otra cosa dijo Vorish -. ¿ Qué piensa usted hacer con aquel poblado indígena abandonado en el cual se supone que ha de ponerse el hoyo número ocho?

Wembling contempló desdeñosamente las lejanas chozas.

- Derruirlo. Está deshabitado.

- No puede usted hacer eso dijo Vorish -. Es propiedad las indígenas. Necesita usted un permiso.

- ¿Permiso de quién?

- Permiso de los indígenas.

Wembling echó hacia atrás su cabeza y estalló en una carcajada.

- Deje que lleven el asunto a un tribunal, si desean seguir derrochando su dinero. El último caso debió de costarles unos cien mil créditos, y, ¿sabe usted a cuánto ascendieron los daños? A setecientos cincuenta créditos. Cuanto más pronto gasten su dinero antes dejarán de molestarme.

- Las órdenes que tengo me obligan a proteger a los indígenas y a sus bienes, tanto como a protegerle a usted y a sus bienes - dijo Vorish -. Los indígenas no le detendrán a usted, pero yo si lo haré.

Se marchó sin mirar hacia atrás. Tenía prisa por llegar a su oficina del *Hun*, y sostener una conversación con el teniente Charles. Había algo que recordaba haber leído, hacía mucho tiempo, en su escasamente utilizado manual de régimen militar...

\*\*\*

Los días se deslizaron agradablemente, salpicados de las violentas protestas de Wembling cada vez que un indígena se presentaba para retrasar los trabajos de construcción. Vorish vigilaba atentamente la «Operación Campo de Golf» de Wembling, y esperaba con impaciencia alguna reacción oficial a su informe sobre el tratado de Langri.

La reacción oficial no se producía, pero los obreros de Wembling seguían avanzando por el interior del bosque. Los árboles eran derribados para ser convertidos en tablones. El exquisito jaspeado de sus vetas constituiría un motivo ornamental completamente original para los artesonados del hotel.

Los obreros habían llegado al poblado indígena abandonado y trabajaban en sus alrededores. No hacían el menor esfuerzo por cruzarlo, aunque Vorish vio que dirigían nerviosas miradas en aquella dirección de cuando en cuando, como si temieran la llegada del momento de adentrarse en él.

Al efectuar su ronda matinal por los puestos de guardia, Vorish se detuvo casualmente para enfocar sus prismáticos hacia los alrededores del poblado.

- Se está usted jugando el cuello en esto - dijo Smith -. Espero que se dará cuenta.

Vorish no contestó. Tenía su propia opinión de los oficiales de la marina que se preocupaban indebidamente por sus cuellos.

- Allí está Wembling - dijo.

Con sus guardaespaldas pegados a sus talones Wembling se movía con su acostumbrada velocidad a través del terreno que había sido desbrozado. El capataz salió a su encuentro Wembling habló brevemente con él, señalando hacia adelante. El capataz se volvió hacia sus hombres y señaló en la misma dirección. Un momento después, la primera choza era derribada.

- Vamos para allá - dijo Vorish.

Smith dio la orden de marcha a una patrulla de marinos y echó a andar detrás de ellos. Los marinos llegaron al Poblado y apanaron a un lado a los obreros de Wembling Cuando Vorish llegó allí, Wembling estaba temblando de impotente furor.

Vorish contempló la hilera de chozas derribadas.

- ¿Tiene usted permiso de los indígenas para hacer esto? - le preguntó a Wembling.

- No - respondió Wembling -. Pero tengo una autorización de la Oficina de Colonias. ¿ No es suficiente?

- Teniente Smith, detenga a estos hombres - ordenó Vorish, y dio media vuelta para marcharse.

Ante su sorpresa, Wembling no dijo nada. Su aspecto era el de un hombre sumido en profundas meditaciones.

Vorish encerró a Wembling en su tienda, en calidad de detenido. Suspendió todos los trabajos en el hotel. Luego envió un informe completo del incidente al Cuartel General de la Marina, y se sentó a esperar los resultados.

La indiferencia mostrada por el cuartel general en lo que respecta a su informe sobre Langri, le había intrigado. ¿ Lo habrían archivado por intrascendente, o existía una conjetura, tejida por la corrupción, en las altas esferas del gobierno? En cualquiera de los casos, se estaba cometiendo una injusticia. Los indígenas necesitaban tiempo para algo que ellos llamaban el Plan. Vorish necesitaba tiempo para llamar la atención de alguien acerca de lo que estaba sucediendo. Sería una vergüenza permitir que Wembling terminara su hotel mientras el informe sobre la situación de Langri se moría de asco en el cajón del escritorio de un funcionario subalterno.

Con Wembling detenido y el trabajo interrumpido, Vorish disfrutaba viendo cómo Wembling enviaba frenéticos mensajes a personas que ocupaban altos cargos en el gobierno de la Federación.

- Veremos si ahora se olvidan también de Langri, se dijo Vorish con satisfacción.

Habían transcurrido tres semanas cuando el Cuartel General rompió súbitamente el silencio. El crucero de combate *Rolar* había salido en dirección a Langri, al mando del almirante Corning. El almirante iba a realizar una investigación sobre el terreno.

- No parece que vayan a relevarle a usted - dijo Smith -. ¿Conoce usted a Corning?

- He servido a sus órdenes en distintas ocasiones, en diversos lugares y con diferentes graduaciones. Puedo considerarle como un viejo amigo.

- Eso es muy beneficioso para usted.

- Podría ser peor - admitió Vorish.

Tenía la sensación de que se habla cubierto a si mismo perfectamente, y de que Corning, a pesar de que era un hombre rudo, temperamental y fanático de la exactitud, no tomarla ninguna medida que no fuese justa y que pudiera perjudicar a un amigo suyo.

\*\*\*

Vorish nombró una guardia de honor para el almirante y le recibió con toda ceremonia. Corning descendió ágilmente por la rampa del *Rolar* y dirigió una mirada de aprobación a su alrededor.

- Me alegro de volver a verle, Sim - dijo, sin apartar los ojos de una de las invitadoras playas de Langri -. Éste es un lugar encantador. Realmente encantador. - Se volvió hacia Vorish y examinó su bronceado rostro -. Y, por lo que veo, lo ha aprovechado usted bien. Ha engordado.

- Y usted ha adelgazado - dijo Vorish.

- Siempre he sido delgado - dijo Corning -. Pero lo que he perdido en anchura lo he ganado en altura. - Echó una ojeada al círculo de oficiales que escuchaban con respetuosa atención y bajó la voz -: Lléveme a un lugar donde podamos hablar.

Vorish despidió a sus hombres y llevó a Corning a su oficina en el *Hun*. El almirante no dijo nada por el camino, pero sus agudos ojos examinaron los dispositivos de defensa de Vorish y chasqueó silenciosamente los labios.

- Jim - dijo Corning, mientras Vorish cerraba la puerta -. ¿Qué es lo que pasa aquí?

- Tendré que hacer un poco de historia - dijo Vorish, y le contó al almirante lo del tratado y su violación.

Corning le escuchó atentamente, murmurando un ocasional «¡Diablo!»

- ¿Quiere usted decir que no se ha tomado ninguna medida oficial al respecto? - inquirió.

- Exactamente.

- ¡Diablo! Tarde o temprano, la cabeza de alguien pagará por esto. Pero lo más probable es que no sea la cabeza verdaderamente culpable, y, además, ese tratado no tiene nada que ver con el jaleo en que usted se ha metido. No de un modo oficial, por lo menos, ya que oficialmente el tratado no existe. Ahora, dígame, ¿qué es esa tontería acerca de unas cuantas chozas indígenas?

Vorish sonrió. En este asunto sabía que pisaba terreno firme: había sostenido una larga conferencia con Fornri, examinando todos los ángulos.

- De acuerdo con las órdenes recibidas – dijo -, aquí soy un árbitro imparcial. Me enviaron para proteger a los ciudadanos y los bienes de la Federación, pero también para proteger a los indígenas contra cualquier atentado a sus costumbres, a sus medios de vida, etcétera. Párrafo siete.

- Lo he leído.

\*\*\*

- La idea es que si los indígenas son tratados adecuadamente, los ciudadanos y los bienes de la Federación necesitarán menos protección. El poblado indígena en cuestión es algo más que un grupo de chozas vacías. Parece que entre los indígenas tiene una especie de significado religioso. Le llaman el Poblado del Maestro, o algo parecido.

- Maestro o jefe - dijo Corning -. A veces, las dos palabras tienen el mismo significado para los pueblos primitivos. Esto podría convertir al poblado en una especie de santuario... Según tengo entendido, el tal Wembling empezó a derruirlo.

- Exactamente.

- Y usted le había advertido anticipadamente de que tenía que solicitar el permiso de los indígenas, y él se rió de la advertencia. De acuerdo. Su conducta no sólo fue correcta, sino también encomiable. Pero, ¿por qué ha suspendido usted todos los trabajos? Pudo haber protegido aquel poblado, y haber obligado a Wembling a construir su campo de golf en otra parte, sin armar tanto jaleo. Wembling hubiera puesto el grito en el cielo, naturalmente, pero usted tenía toda la razón de su parte y nadie le hubiera hecho caso a ese hombre. En cambio, ha preferido usted paralizarlo todo. ¿Pretende acaso que le fusilen? Ha hecho perder a Wembling una gran cantidad de tiempo y una gran cantidad de dinero, y ahora está realmente furioso. Y es un hombre que tiene mucha influencia.

- No tengo la culpa de que haya perdido tiempo y dinero - Dijo Vorish -. Notifiqué inmediatamente al Cuartel General las medidas que había tomado. Pudieron haber revocado la orden en cualquier momento.

- Desde luego. Supongo que no lo hicieron porque siempre existe la posibilidad de que las cosas se pongan peor de lo que están. En el Cuartel General desconocían la situación planteada aquí. Les ha causado usted muchos quebraderos de cabeza. ¿Por qué detuvo a Wembling y le ha obligado a permanecer en su tienda, con guardias de vista?

- Para protegerle. Violó un lugar sagrado, y me siento responsable de su seguridad.

Por primera vez, Corning sonrió.



- Buen pretexto. No está mal. Esto da al asunto un carácter discrecional; con su opinión contra la de Wembling. Usted lanzó su moneda al aire e hizo su elección, y nadie que no esté en el secreto puede hacerle ningún reproche. – Asintió -. Procuraré reflejar ese punto de vista en mi informe. Wembling se pasó de rosca, indudablemente. Las consecuencias pudieron ser muy graves. Y no puedo decir que las medidas que tomó usted fueran demasiado drásticas, porque no estaba aquí en aquellos momentos. No sé exactamente lo que trata usted de hacer, o tal vez lo sepa, pero le apoyaré en todo lo que pueda. Creo que podré evitar que le fusilen.

- ¡ Oh! - exclamó Vorish -. De modo que iban a fusilarme... Me sorprende de veras.

- Iban... van a hacerle todo el daño que puedan - Corning miró fijamente a Vorish -. Lo que voy a decirle no es de mi agrado, pero tengo que cumplir órdenes. Regresará usted a Galaxia en el *Hun*, en calidad de detenido... para comparecer ante un tribunal militar. Personalmente, no creo que tenga usted motivos para preocuparse. No veo cómo podrán sacar adelante este asunto, pero no dejarán de intentarlo.

- No me preocupa, en absoluto - dijo Vorish -. He estudiado el caso minuciosamente. Y prefiero que traten de sacarlo adelante. Insistiré en que el caso sea visto por un tribunal militar, y... Pero temo que no accederán a ello. De todos modos, me alegro de dejar a Langri en unas manos competentes.

- Que no serán las mías - dijo Corning -. No estaré aquí mucho tiempo. El escuadrón 984 está en camino para revelarme. Once naves. No están dispuestos a permitir que este asunto se les escape de entre las manos. El comandante del escuadrón es Ernst Dillinger, que ascendió a almirante hace unos meses. ¿Le conoce?

La embarcación de pesca seguía en la misma posición, a la - misma distancia. Dillinger alzó sus prismáticos, los bajó. Por lo que él podía ver, los indígenas estaban... pescando. Volvió a su oficina y se sentó, contemplando ociosamente la mancha de color de la vela de la embarcación.

La afelpada amplitud de su oficina le fastidiaba. Era el segundo día que ocupaba las habitaciones que Wembling había insistido en destinarle en el ala terminada del hotel Langri, y Dillinger pasaba la mayor parte del tiempo paseando en círculos cada vez mayores alrededor del trabajo amontonado sobre su mesa escritorio.

Los indígenas le tenían preocupado. Y le preocupaba algo enigmático que los indígenas llamaban el Plan, y que a su debido tiempo borraría del planeta a Wembling, y a sus obreros, y a sus hoteles.

Con el Hotel Langri en pleno funcionamiento dentro de unos meses, y en marcha las obras de construcción de otros dos hoteles, Dillinger sabía que la expulsión legal de Wembling sería prácticamente imposible. En consecuencia, ¿qué estaban planeando los indígenas? ¿La expulsión ilegal? ¿El empleo de la fuerza? ¿Con un escuadrón de la Marina Espacial montando guardia?

Dillinger se puso nuevamente en pie y se acercó al curvado plástico teñido que enmarcaba la ventana. La embarcación de pesca seguía allí. Todos los días estaba allí. Pero, quizá, tal como había sugerido Protz, las aguas situadas frente el promontorio eran simplemente un buen lugar para pescar.

El teléfono interior zumbó:

- Mister Wembling, señor.

- Hágame pasar - dijo Dillinger, y se volvió hacia la puerta.

Wembling entró con paso decidido, la mano tendida hacia adelante.

- Buenos días, Ernie.

- Buenos días, Howard - dijo Dillinger, parpadeando ante los abigarrados colores de la camisa de Wembling.

- ¿Vamos a la antesala a echar un trago?

Dillinger levantó un montón de documentos de su escritorio y los dejó caer de nuevo.

- Vamos - suspiró.

Cruzaron un largo corredor. Al llegar a la antesala, un criado uniformado les sirvió las bebidas que pidieron. Dillinger removió distraídamente el hielo en su vaso, mientras miraba a través del enorme ventanal hacia la terraza, y hacia la playa situado debajo de ellos. Los jardineros de Wembling hablan trabajado a conciencia. El hotel estaba rodeado de aterciopelado césped y de arbustos de distinto colorido. La piscina, completamente terminada, aparecía desierta. La playa, llena de obreros y de marineros francos de servicio.

Wembling habló con entusiasmo de los progresos que estaba realizando en sus nuevas instalaciones, las cuales se encontraban a cincuenta millas a lo largo de la costa, en ambas direcciones.

- Para mí es un quebradero de cabeza el que haya usted decidido construir esas nuevas instalaciones tan separadas una de otra - dijo Dillinger -. Tengo que vigilarías.

Wembling se inclinó hacia adelante y palmeó su brazo.

- Está usted haciendo un buen trabajo, Ernie. Desde que está aquí, no hemos tenido ninguna dificultad. No dude de que hablaré de usted como se merece donde más pueda favorecerle.

- En esta península hay espacio para cincuenta hoteles; dijo Dillinger -. Y para unos cuantos campos de golf.

Wembling le dirigió una velada sonrisa.

- Política y leyes - murmuró. Manténgase apartado de ambas, Ernie. Tiene usted cerebro y talento, pero no esa clase de cerebro y de talento.

Dillinger enrojeció y volvió a mirar a través del ventanal. La embarcación de pesca era una simple mancha en el horizonte. Probablemente navegaba con lentitud, pero desde aquella distancia parecía que estaba inmóvil.

- ¿Ha oído usted algo acerca del comandante Vorish? - preguntó Wembling.

- Lo último que oí fue que había salido en el *Hun* en viaje de prácticas.

- Entonces... ¿no le fusilaron?

- Le formaron expediente - dijo Dillinger con una sonrisa -. Pero llegaron a la conclusión de que merecía una citación por haberse desenvuelto con la mayor eficacia en una situación difícil. Mi opinión es la de que cualquier medida que hubieran tomado contra él habría provocado cierta propaganda, y hay alguien que no desea propaganda. Desde luego, no sé nada acerca de política y de leyes. ¿Deseaba usted acaso que fusilaran a Vorish?

Wembling sacudió la cabeza pensativamente.

- No. No le guardo ningún rencor. El rencor no produce beneficios. Los dos teníamos un trabajo a hacer, pero él enfocó el suyo de un modo equivocado. Lo único que yo deseaba era que me dejaran continuar el mío, y después que él se marchó escribí a algunos amigos para que no le ocurriera nada. Pero pensé que le expulsarían de la Marina, y de ser así rae hubiera gustado verle de nuevo en Langrí. Creo que comprendía a esos indígenas, y siempre puedo utilizar a un hombre en tales condiciones. Le dije que se mantuviera en contacto con mi oficina de Galaxia, y allí se encargarían de facilitarle el regreso aquí. Pero no he vuelto a saber de él.

- No le fusilaron. La próxima vez que le vea usted; probablemente será almirante.

- Lo mismo le digo a usted - dijo Wembling -. Si algún día deja la Marina, vuelva a Langrí. Tendré que regir una empresa de gran envergadura, y necesitaré a todos los hombres capaces que pueda conseguir. Y los hombres capaces no son fáciles de encontrar.

Dillinger volvió el rostro a un lado para ocultar su sonrisa,

- Gracias - No lo olvidaré.

Wembling dio una palmada en la mesa y se puso en pie.

- Bueno, tengo que marcharme a trabajar. ¿Una partida de ajedrez esta noche?

- Será mejor dejarlo para otro rato - dijo Dillinger. Tengo mucho trabajo acumulado...

Contempló a Wembling mientras se alejaba. Tenía que admirar al hombre. Aunque le detestara, y detestara sus métodos, tenía que admirarle. Era un verdadero hombre de empresa.

Protz estaba esperándole cuando regresó a su oficina: comandante Protz, ahora, capitán del *Rirga*, la nave insignia del Escuadrón 984 de Dillinger. Dillinger le saludó y habló por su teléfono interior.

- Que nadie me moleste - dijo. A continuación se volvió hacia Protz -. ¿Qué hay de esa nave?

- Estamos completamente despistados - dijo Protz -. Definitivamente, no se estrelló. Según el centinela, efectuó un aterrizaje perfecto detrás del bosque. A Wembling no le falta ninguna nave de suministro, y nosotros sabemos que no es nuestra. Los aviones de reconocimiento han estado volando por encima de las copas de los árboles en aquella zona, y no han podido ver nada.

- De modo que no era de Wembling... - murmuró Dillinger. Desde que había recibido el primer informe acerca de la nave sin identificar, al amanecer de aquel mismo día, había estado pensando que sería de Wembling. Hizo dar media vuelta a su silla y miró hacia el mar -. De modo que los indígenas tienen visita...

- Quienquiera que fuesen, eran esperados - dijo Protz -, Camuflaron apresuradamente la nave. Tal vez los indígenas disponen allí de un campo de aterrizaje semioculto.

- Wembling cree que alguien de su flota de suministro ha estado manteniendo a los indígenas en contacto con su mundo. Supongo que teníamos que haber comprobado la frecuencia de onda de todas las radios del planeta. Pero esto significaba tener que dejar a una nave en órbita, y necesitamos a todos los hombres, puesto que Wembling se ha empeñado en construir hoteles por todos los sitios. Bueno, la nave está aquí. Ahora, el problema es el siguiente: ¿qué está haciendo?

- ¿Contrabando de armas?

- Justamente lo que necesitábamos para darle un poco de animación a la cosa. ¿Ha descubierto algo el servicio de información?

- Nada, hasta las 0800 de esta mañana. ¿Desea que se lleve a cabo una investigación terrestre en relación con la nave?

- Necesitaríamos demasiados hombres. Y si disponen de un campo de aterrizaje en las condiciones que usted ha dicho antes, incluso las patrullas terrestres podrían pasarla por alto. Y, de todos modos, aunque la localizáramos sería demasiado tarde. A estas horas ya la habrán descargado. No, deje que el servicio de información se ocupe del asunto, y facilíteles más hombres si creen que pueden utilizarlos.

- ¿Algo más?

- Prepárese para lo peor Protz, de todos los trabajos que la Marina me ha encargado, éste es el más sucio. Espero que podré darle cima sin disparar un tiro contra los indígenas. Preferiría disparar contra Wembling.

\*\*\*

La cosa habla sido enfocada erróneamente desde el principio, pesó Dillinger. El abogado que los indígenas hablan utilizado era bastante competente: incluso Wembling lo reconocía así. Le había planteado a Wembling algunas dificultades, pero Wembling le estaba dando los toques finales al Hotel Langri, a pesar de todo.

La principal arma de Wembling era la influencia política. La política debe ser combatida con política, con la opinión pública, y no en un tribunal de justicia. Habla tratado de explicárselo a Fornri, en cierta ocasión, pero el indígena pareció poco interesado en ello. El Plan, había dicho Fornri, se encargaría de todo. No parecía darse cuenta de que era ya demasiado tarde.

Dillinger creía que si hubiese sabido a tiempo lo que estaba ocurriendo en Langri, hubiera podido impedirlo. Documentada información, facilitada anónimamente a las poderosas fundaciones etnológicas, a los periódicos de la oposición de los planetas clave, a los jefes de la oposición del Congreso de la Federación... La explosión resultante hubiera hecho saltar al gobierno y hubiera hecho saltar a Wembling de Langri.

Pero no se habla enterado hasta recibir el informe del almirante Corning y hacerse cargo del mando en Langri. Entonces había hecho lo que había podido. Había preparado un centenar de copias de una declaración acerca de la situación en Langri, cada una de ellas acompañada de una fotocopia del tratado original. Pero no se había atrevido a confiarlas a los conductos normales de comunicación, teniendo por tanto que esperar a que uno de sus oficiales se marchara de permiso para enviarlas. Probablemente en aquellos momentos hablan llegado ya a sus destinos, y eran objeto de examen y estudio. De un momento a otro provocarían la deseada reacción. Pero era demasiado tarde. Wembling tendría la mayor parte de lo que deseaba, y probablemente otros buitres, provistos del oportuno permiso, se presentarían en Langri para tomar parte en el saqueo.

La situación era muy difícil para los indígenas. Los hombres de Wembling comían una gran cantidad de pescado fresco, y las embarcaciones de pesca de

los nativos no podían acercarse a los lugares donde Wembling estaba trabajando. Langri tenía una gran población indígena... demasiado grande, y la mayor parte de su alimento procedía del mar. La consigna era que los nativos no obtuvieran lo suficiente para alimentarse.

A última hora de la tarde, Dillinger llamó a Wembling.

- Tiene usted a varios hombres moviéndose continuamente de un lado para otro - le dijo -. ¿ Han observado alguna actividad desusada en los indígenas?

No tengo la menor noticia dijo Wembling -. ¿Quiere que me asegure?

- Se lo agradecería.

- Espere un momento.

Oyó que Wembling daba unas órdenes. Un instante después, Wembling le decía a Dillinger:

- ¿Cree usted que los indígenas están tramando algo?

- Sé que están tramando algo, pero no consigo imaginar de qué se trata.

- Usted les manejará bien - dijo Wembling en tono confiado -. Hubo una época en que deseaba verlos aniquilados a todos, pero desde que usted se ha encargado de mantenerlos alejados de mis asuntos, sólo deseo vivir y dejar vivir. Incluso podrían ser una atracción para los turistas... Tal vez fabriquen cestos, o figuritas talladas, o algo por el estilo. Y yo podría vender esas cosas en el vestíbulo de mi hotel.

- A mí no me preocupan los cestos de los indígenas - dijo secamente Dillinger.

- De todos modos... Un momento, Ernie. Nadie vio nada anormal.

- Gracias. Temo que tendremos que aplazar de nuevo esa partida de ajedrez. Estaré muy ocupado.

- Lo siento. ¿ Mañana por la noche, entonces?

- Veremos.

\*\*\*

Langri podía haber sido un lugar encantador a la luz de la luna, pero allí no había luna. Wembling tenía un proyecto para producir un claro de luna artificial, pero hasta que no lo pusiera en práctica la noche seguiría sumiendo a la belleza del planeta en la mayor negrura.

Mirando a través de aquella neblina, Dillinger vio luz. En cada poblado indígena ardían docenas de hogueras. De cuando en cuando, sus contornos se unían en una brillante mancha luminosa; cuando volvían a separarse, aparecían como un enjambre de brillantes vírgulas danzando en la oscuridad.

- ¿Y dice usted que eso no es normal? - le preguntó Dillinger al piloto del avión de reconocimiento.

- Desde luego. Los indígenas suelen hacer la última comida del día al atardecer, cuando las barcas regresan de la pesca. Al terminar ésta, puede usted volar por encima de toda la costa sin ver una sola luz, excepto en el lugar que ocupan nuestros hombres. Nunca había visto una fogata encendida a estas horas.

- Es una lástima que sepamos tan poco acerca de esos indígenas - dijo Dillinger -. El único con quien he hablado es ese Fornri, y siempre ha habido en él algo... distante. Nunca sé lo que está pensando. La Oficina Colonial debió enviar un equipo para estudiarlos. Y facilitarles también alguna ayuda. La pesca disminuirá todavía más cuando Wembling empiece a recibir turistas. Necesitan aprender a cultivar la tierra... ¿Qué opina usted de esos fuegos, Protz?

- Resultan sugestivos, pero que me cuelguen si sé lo que sugieren.

- Yo sé lo que sugieren - dijo Dillinger -. Esta mañana aterrizó aquí una nave desconocida, y esta noche todos los indígenas del planeta están en vela, preparando algo. Será mejor que regresemos y hagamos también nuestros preparativos.

Lo que Dillinger podía hacer era muy poco. Tenía una línea de defensa alrededor de cada uno de los tres edificios en construcción de Wembling. Tenía sus naves situadas estratégicamente, de modo que pudieran prestar el máximo apoyo. Todo esto había sido preparado desde hacía meses. Puso en estado de alerta a todos sus hombres, dobló la guardia en las playas y estableció unas reservas móviles. Le hubiera gustado disponer de unos cuantos oficiales del ejército de tierra para que le ayudaran. Había pasado toda su vida aprendiendo a guerrear en el espacio, y ahora, por primera vez en su carrera militar, se enfrentaba con la posibilidad de una batalla en tierra firme, y con el peligro de verse hostigado por hordas de Indígenas.

El parte' nocturno del servicio de inteligencia llegó al amanecer, virtualmente en blanco. Aparte de las fogatas, no había nada de que informar. Dillinger entregó el parte a Protz, el cual le echó una ojeada y se lo devolvió.

- Vaya a ver a Wembling - dijo Dillinger -. Dígame qué mantenga a sus hombres en sus alojamientos. No quiero ver a ninguno de ellos rondando por ahí. La orden cuenta también para él.

- Se pondrá a gritan

- Será mejor que no me grite. Si conociéramos mejor a esos indígenas, tal vez podríamos ver este asunto desde su punto de vista. No consigo hacerme a la idea de que nos ataquen. Un gran número de ellos resultarían muertos, y no l& granan nada. Seguramente saben eso también como nosotros. Si usted fuese un indígena, y deseara interrumpir el trabajo de Wembling, ¿qué haría?

- Asesinar a Wembling.

Dillinger dio una palmada de disgusto sobre la mesa.

- Eso es. Póngale una guardia armada.

-¿Qué haría usted.

- Yo colocarla explosivos en puntos cuidadosamente escogidos de los hoteles. Si esto no interrumpía del todo el trabajo, causaría al menos un gran retraso en las obras.

- Desde luego - asintió Protz -. Esto tiene más sentido que un ataque desordenado. Pondré una guardia especial alrededor de los edificios.

Dillinger se puso en pie y se acercó a la ventana. El alba inundaba a Langri con su habitual belleza. El mar estaba plácidamente azul bajo el sol naciente. En el promontorio...

Dillinger rezongó en voz baja.

- ¿Qué sucede? - preguntó Protz.

- Mire...

Dillinger señaló hacia el mar.

- No veo nada.

-¿Dónde está la embarcación de pesca?

- No está allí.

- Todos los días, desde que estamos aquí, hemos visto una embarcación de pesca frente al promontorio. Haga salir a los aviones de reconocimiento. Hay algo que no marcha como es debido.

Media 'hora más tarde llegaron los informes. Todas las embarcaciones de pesca de Langrí estaban encalladas en la playa. Los indígenas no trabajaban.

- Se están concentrando en los poblados más importantes dijo el oficial del servicio de información -. El A7 - el poblado de ese Fornri, ya sabe - es el que ha congregado más gente. Y el B9, el D4, el F12... todos a lo largo de la costa. En todos los lugares hay fogatas encendidas.



Dillinger estudió una fotografía aérea, y el oficial trazó un círculo alrededor de los poblados mientras los iba nombrando.

- Creo *que* sólo podemos hacer una cosa - dijo Dillinger - Ir a visitar a Fornri y sostener una pequeña charla con él.

- ¿Cuántos hombres quiere usted que le acompañen? - preguntó Protz.

- Iremos usted y yo. Y el piloto.

Efectuaron un aterrizaje perfecto en la blanda arena de la playa. El piloto se quedó en la nave; Dillinger y Protz subieron el repecho que conducía al poblado, pasando a través de una multitud de indígenas. La turbación de Dillinger iba en aumento a cada paso que daba. Allí no había ninguna señal de conjura. La atmósfera era más bien festiva, con los indígenas alegremente vestidos riendo y cantando alrededor de las fogatas: cantando en galáctico, un hecho que no había dejado de intrigar a Dillinger. Los indígenas les abrían paso respetuosamente. Por lo demás, aparte de las tímidas miradas que les dirigían los chiquillos, nadie parecía conceder la menor importancia a su presencia.

Llegaron a las primeras chozas y se detuvieron, mirando a lo largo de la calle del poblado. Los deliciosos olores de un festín en preparación le recordaron a Dillinger que no habla desayunado. Al final de la calle, cerca de la mayor de los hombres y mujeres formaban una larga cola. Dillinger miró a uno y otro lado, en angustiosa demanda del reconocimiento oficial de su presencia.

Repentinamente, Fornri apareció delante de él, y aceptó su mano.

Nos sentimos muy honrados - dijo Fornri. Pero su rostro, habitualmente inexpresivo, revelaba una emoción que Dillinger no fue capaz de interpretar. ¿Estaba enojado, o simplemente disgustado?- ¿Puedo preguntar cuál es el motivo de su visita? - inquirió.

Dillinger miró a Protz, el cual se encogió de hombros y desvió la mirada.

- Hemos venido a... a observar - tartamudeó Dillinger.

- Antes de ahora no se había entremetido usted en la vida de mi pueblo. ¿Es que las cosas van a cambiar?

- No. No estoy aquí para entremeterme.

- Entonces, su presencia no es necesaria. Esto no le afecta a usted.

- Todo lo que sucede en Langri me afecta - dijo Dillinger -. He venido a enterarme de lo que ocurre aquí. Trato de comprenderlo.

Fornri retrocedió bruscamente. Dillinger le vio alejarse, vio a un grupo de jóvenes indígenas reunirse a su alrededor. Sus ademanes eran tranquilos, aunque apremiantes.

- Es curioso - murmuró Protz -. En cualquiera de las sociedades primitivas que he visto hasta ahora, los ancianos dirigen los asuntos. Aquí en Langrí lo hacen los jóvenes. Apostaría cualquier cosa a que en ese grupo no hay ni un solo hombre que tenga más de treinta años.

Fornri regresó. Estaba preocupado, no cabía duda. Miró fijamente a Dillinger antes de hablar.

- Sabemos que ha sido usted un amigo para mi pueblo y que nos ha ayudado cuando ha podido hacerlo. Nuestro enemigo es mister Wembling. Si supiera lo que estamos preparando, intentaría estorbarlo.

- Mister Wembling no les estorbará - dijo Dillinger.

- Muy bien. Estamos celebrando elecciones.

Dillinger notó que la mano de Protz se contraía sobre su brazo. Estúpidamente, repitió:

- ¿Celebrando elecciones?

Fornri habló orgullosamente:

- Estamos eligiendo delegados para una asamblea constitucional.

Un marco idílico. Un claro del bosque con vistas al mar.

Mujeres preparando un festín. Ciudadanos esperando tranquilamente que les llegara su turno para votar. Democracia en acción.

- Cuando la constitución esté aprobada - continuó Fornri -, elegiremos un gobierno. Entonces solicitaremos el ingreso en calidad de miembros de la Federación Galáctica de Mundos Independientes.

- ¿Es esto legal? - preguntó Protz.

- Completamente legal - dijo Fornri -. Nuestro abogado nos ha asesorado. El requisito principal es que el cincuenta por ciento de la población conozca las primeras letras. En nuestro pueblo, la proporción es del noventa por ciento. Pudimos haber hecho esto mucho antes, pero no sabíamos que bastaba con el cincuenta por ciento.

- Les felicito sinceramente - dijo Dillinger -. Si su petición de ingreso en la Federación es aceptada, supongo que su gobierno obligará a Wembling a marcharse de Langri.

- Tratamos de que Langri nos pertenezca únicamente a nosotros. Éste es el Plan.

Dillinger alargó su mano.

- Les deseo buena suerte en las elecciones y en su petición ingreso en la Federación.

Con una última mirada a la fila de votantes, dieron media vuelta y regresaron lentamente al avión. Protz se frotó las manos, silbando alegremente.

- Y esto – dijo - acabará con Wembling.

- Por lo menos, hemos resuelto el misterio de la nave desconocida - dijo Dillinger - . Era su abogado, que ha venido a asesorarles y a ayudarles a redactar la constitución. En lo que respecta a Wembling, está usted equivocado. Los Wembling de esta galaxia no acaban tan fácilmente. Está preparado para esto. Casi puede decirse que lo está esperando.

- ¿Qué puede hacer?

- Ningún tribunal de justicia le quitará lo que ya tiene. Los indígenas pueden evitar que se apodere de más terrenos, pero los que ha trabajado quedarán suyos. Los adquirió legalmente, con un permiso refrendado por la Federación. En la actualidad posee más de cien millas de playa. Si lo desea, puede construir un centenar de hoteles. Inundará el mar de turistas aficionados a la pesca, y los indígenas se morirán de hambre

Dillinger se volvió para dirigir una última mirada al poblado, y sacudió tristemente la cabeza.

-¿Se da usted cuenta de la enorme tarea que ha realizado esa gente? El noventa por ciento de la población conoce las primeras letras. ¡ Cómo deben de haber trabajado! Y están vencidos antes de empezar a luchar. ¡Pobres diablos!

## V

*El trazado normal de un camino que pasa por el bosque - pensaba Dillinger - suele ser de continuos rodeos, apartándose ora de un árbol, ora de un matorral, siguiendo generalmente la línea de menor resistencia. Este camino no da ningún rodeo. Discurre tan rectamente, que podría haber sido trazado por un agrimensor Es un camino antiguo y muy transitado. Tuvieron que cortar árboles, pero no queda ni rastro de los tocones.*

Delante de él, Fornri y media docena de jóvenes indígenas andaban con paso rápido, sin mirar atrás. Habían recorrido ya más de cinco millas, y la marcha no parecía llegar a su fin. Dillinger estaba sudando y empezaba a notar el cansancio.

Fornri había ido a buscarle al Hotel Langri.

- Nos gustaría que viniera con nosotros - le había dicho -. Usted solo.

Y Dillinger había ido con ellos.

El Hotel Langri estaba desierto. Al amanecer del día siguiente, el Escuadrón 984 regresaría al espacio, que era donde le correspondía estar. Wembling y sus obreros se habían marchado ya. Langri había sido devuelto a sus legítimos dueños.

El Plan de los indígenas había sido algo absurdamente sencillo: absurdamente sencillo y tremendamente eficaz. En primer lugar, se había cursado la petición de ingreso en la Federación, ~a cual> afortunadamente, había llegado a Galaxia en el preciso instante en que las cartas anónimas de Dillinger producían una terrible conmoción que hizo tambalearse al gobierno, provocó una tormenta en la Oficina Colonial y en el Departamento de Marina, y tuvo repercusiones en el propio Langri, con el nombramiento a toda prisa de un comité encargado de efectuar una investigación a fondo en el planeta.

La petición de ingreso fue incluida inmediatamente en el orden del día y aprobada por unanimidad.

Wembling no fue molestado. Sus abogados se habían puesto en movimiento antes de que finalizara el recuento de los votos, y el gobierno indígena recibió orden de un tribunal para que adjudicara en firme a Wembling los terrenos en los cuales había hecho obras. El gobierno de Langri cumplió la orden sin oponer ninguna objeción, hasta el punto de que Wembling añadió astutamente varios centenares de acres a sus propiedades, sin despertar ninguna protesta.

Entonces llegó el golpe maestro, un golpe que ni siquiera Wembling había previsto.

Impuestos.

Dillinger había estado presente cuando Fornri le entregó a Wembling la relación de los impuestos que debía satisfacer al gobierno de Langri. Wembling había gritado como un poseso, había aporreado su mesa escritorio y había jurado que recurriría a todos los tribunales de la galaxia contra aquel atropello, pero descubrió que los tribunales no estaban de acuerdo con sus puntos de vista.

Si los representantes electos del pueblo de Langri deseaban fijar un impuesto sobre la propiedad equivalente al décuplo del valor tasado de la propiedad, tenían perfecto derecho a hacerlo. Por desgracia para él, Wembling era dueño de la única propiedad del planeta cuyo valor tasado tenía verdadera importancia. Diez veces el valor de una choza indígena representaba una cantidad inferior a cero. Diez veces el valor de los hoteles de Wembling significaba la ruina.

Los jueces se mostraron de acuerdo con Wembling en que la medida adoptada por el gobierno era poco prudente. Desalentaría al comercio y a la industria, y retrasaría indefinidamente el desarrollo del planeta. Con el tiempo, esto se haría evidente a los propios habitantes de Langri, y entonces podrían elegir a unos representantes que promulgasen unas leyes fiscales más benignas.

Entretanto, Wembling tenía que pagar los impuestos.

Esto le dejaba en la disyuntiva de no pagar y perder sus propiedades, o pagar y quedar completamente arruinado. Eligió no pagar. El gobierno confiscó sus propiedades por impago de impuestos, y la situación de Langri quedó resuelta a satisfacción de todos, menos de Wembling y de Tos que le apoyaban financieramente. El Hotel Langri iba a convertirse en escuela y universidad para los indígenas. Las dependencias del gobierno ocuparían uno de los otros hoteles. Los indígenas no habían decidido aún lo que harían con el tercero, pero Dillinger estaba convencido de que lo utilizarían juiciosamente.

En cuanto a Wembling, se había convertido en un empleado del pueblo de Langri. Incluso los indígenas admiraban su dinamismo, y allí había islas, muchas islas, lo suficientemente alejadas de la costa como para que los turistas no perjudicaran las zonas de pesca de los indígenas. Fornri le preguntó a mister Wembling si le gustaría construir hoteles en aquellas islas y dirigirlos por cuenta del gobierno de Langri. A mister Wembling le encantó la idea. En realidad, se preguntó cómo no había pensado antes en aquella solución. Firmó un contrato con el abogado de los indígenas, trasladó a sus hombres a las islas, y empezó a planear con gran entusiasmo toda una cadena de hoteles.

Dillinger, siguiendo a los indígenas a través de un camino abierto en el bosque, se sintió completamente en paz consigo mismo y con la galaxia que le rodeaba.

\*\*\*

El camino desembocaba en un enorme claro, tapizado de césped y de flores. Dillinger se detuvo a mirar a su alrededor, no vio nada, y apresuró el paso para alcanzar a los indígenas.

Al lado opuesto del claro había otro camino, pero éste terminaba bruscamente en un desordenado montón de piedras, una tumba, quizá... Detrás, enmohecida, cubierta de enredaderas, oculta por altos árboles, había una vieja nave espacial.

- Uno de vuestros hombres vivió entre nosotros - dijo Fornri -. Ésta era su nave.

Los indígenas estaban de pie detrás de ellos, con las manos entrelazadas y las cabezas inclinadas respetuosamente. Dillinger esperó, preguntándose qué esperaban de él. Finalmente, inquirió:

- ¿Era un hombre solo?

- Uno solo - dijo Fornri -. A menudo hemos pensado que en su mundo pueden existir personas que se hayan preguntado qué le sucedió. Tal vez usted pueda decírselo.

- Tal vez - dijo Dillinger -. Veremos.

Luchando con la maleza, dio la vuelta a la nave buscando un nombre o un número de identificación. No había ninguno. La portezuela estaba cerrada. Mientras Dillinger permanecía en pie, contemplándola, Fornri dijo:

- Puede entrar, silo desea. Dejamos sus cosas ahí dentro.

Dillinger trepó por la bamboleante escalerilla y entró en la nave. La débil luz que se filtraba por la ventanilla del cuarto de navegación confería a los objetos un aspecto fantasmal. Sobre una mesa había pequeños recuerdos, efectos personales, libros, montones de papeles. Dillinger contempló pensativamente un enmohecido cortaplumas, un rosario, un compás roto.

El primer libro que tomó en sus manos era un diario. El diario de George F. O'Brien. Las anotaciones, escritas a lápiz, estaban demasiado borrosas para ser leídas a la incierta luz del cuarto. Dillinger recogió los libros y los papeles, salió del cuarto, se sentó en lo alto de la escalerilla y empezó a leer.

Las primeras anotaciones eran muy detalladas y describían los primeros días que O'Brien había pasado en el planeta, hacía más de un siglo. Luego, las anotaciones eran menos regulares y las fechas se hacían menos precisas a medida que O'Brien perdía la noción del tiempo. Dillinger llegó al final, encontró un segundo volumen y continuó leyendo.

Un filibustero, pensó, que había llegado a un planeta desconocido, en busca de metales preciosos, probablemente, y que se había establecido allí en medio de un harén indígena... El cambio se producía sutilmente a través de los años, a medida que O'Brien iba identificándose con los indígenas, se convertía en uno de ellos, y finalmente se enfrentaba con el futuro. Allí habla un sagaz resumen del potencial de Langri como planeta de reposo, que podía haber sido redactado por el propio Wembling. Había también una horrible premonición de la probable destrucción de los indígenas. «Si yo vivo - había escrito O'Brien -, no creo que esto suceda».

¿Y si no vivía?

«En tal caso, los indígenas deben aprender lo que tienen que hacer. Tiene que haber un Plan. Aquellas cosas que los indígenas deben conocer.»

Gobierno e idioma. Relaciones interplanetarias. Historia. Economía, comercio y dinero. Política. Leyes y procedimiento colonial. Ciencia.

« ¡ No pudo hacerlo un solo hombre! - se dijo Dillinger -. ¡ No pudo hacerlo! »

*El primer aterrizaje, probablemente por una nave de reconocimiento. Medidas a tomar después de capturar a la tripulación. Negociaciones, relación de violaciones y de sanciones. Obtención de un estado legal independiente. Gestiones para el ingreso en la Federación. Medidas a tomar cuando sea violado el estatuto de independencia.*

« ¡ No pudo hacerlo un solo hombre! »

Allí estaba todo, trabajosamente redactado por un hombre inculto que tenía visión de las cosas, y sentido común, y paciencia. Por un gran hombre. Era una

brillante profecía, a la que sólo faltaba el nombre de Wembling... y Dillinger tuvo la impresión de que O'Brien había conocido a unos cuantos Wembling en su época. Allí estaba todo, todo lo que había sucedido, hasta el golpe maestro final, el impuesto diez-por-uno sobre los hoteles.

Dillinger cerró el último cuaderno de notas, volvió a llevar los papeles al cuarto de navegación y arregló cuidadosamente las cosas para dejarlas tal como las habla encontrado. Algún día, Langri tendría sus propios historiadores, que estudiarían aquellos papeles y enviarían el nombre de George F. O'Brien a través de la galaxia en volúmenes escritos fríamente y que sólo serían leídos por otros historiadores. El hombre merecía una mejor suerte.

Pero quizá la tradición oral conservaría su recuerdo como una cosa viva a través de los años. Quizás, incluso ahora, alrededor de las fogatas, se hablaba en tono reverente de lo que O'Brien había hecho y había dicho. O quizá no. Para un extranjero resultaba difícil dictaminar en aquellas materias, especialmente si se trataba de un oficial de la marina. Aquella clase de asuntos requerían un especialista.

Dillinger dirigió una última mirada a las humildes reliquias, retrocedió un paso y saludó militarmente.

Salió de la nave, cerrando cuidadosamente la portezuela detrás de él. La oscuridad del crepúsculo había empezado a invadir el bosque, pero los indígenas seguían esperando en la misma actitud reverente.

- Supongo que habrán examinado ustedes todo lo que hay ahí dijo Dillinger.

Fornri pareció sorprendido.

- No...

- Comprendo. Bueno, he descubierto... todo lo que había que descubrir acerca de él. Si alguien de su familia vive actualmente, procuraré que se entere de lo que le sucedió.

- Gracias - dijo Fornri.

- ¿No hubo nadie más que llegara aquí y viviera entre ustedes?

- Él fue el único.

Dillinger asintió.

- O'Brien fue realmente un gran hombre. Me pregunto hasta qué punto se han dado cuenta ustedes de ello. Supongo que con el tiempo tendrán ustedes ciudades O'Brien, y calles O'Brien, y edificios O'Brien, pero él merece un monumento realmente importante. Quizá... quizá podría darle nombre a un planeta. Creo que debieron bautizar ustedes a su planeta con el nombre de O'Brien.

- ¿O'Brien? - inquirió Fornri. Miró a sus compañeros, con expresión de extrañeza, y se volvió de nuevo hacía Dillinger -. ¿O'Brien? ¿Quién es O'Brien?

**FIN**